

NEGRAS AGUAS DE MUERTE

Ray Lester

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

NEGRAS AGUAS DE MUERTE

Ray Lester

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

455 – Caos sin futuro, *Ralph Barby*.

456 – Una guerra en el siglo XXX, *Glenn Parrish*.

457 – ¿Hombres o dioses?, *Clark Carrados*.

458 – Meteoritos invasores, *Ralph Barby*.

459 – El planeta fantasma, *Joseph Berna*.

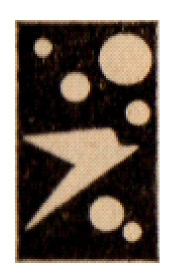
RAY LESTER

NEGRAS AGUAS DE MUERTE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO
n.º 460

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN S4-U2-02525-0

Depósito legal: B. 15.009 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: junio, 1979

Concedidos derechos exclusivos *a* favor

deEDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así

como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

PROLOGO

En la sala se habían reunido nueve hombres, todos sentados en torno a una mesa no demasiado grande de forma rectangular. Parecían ejecutivos de una importante firma dispuestos a iniciar una periódica reunión del Consejo de Administración. Sin embargo, el motivo que los había reunido en aquella sala era de vital importancia para la supervivencia de todos los seres que habitan la Tierra.

Debían decidir el futuro del planeta.

Tres norteamericanos, dos rusos, dos alemanes y dos japoneses. En sus rostros podía leerse la gravedad del asunto que se disponían a discutir. Sobre la mesa, delante de cada uno de ellos, había una carpeta llena de documentos considerados como de «alto secreto» por los científicos norteamericanos.

Pero ninguno de los hombres prestó atención a las carpetas en principio.

Tan pronto como estuvieron sentados, todas las miradas se posaron expectativamente en el hombre que ocupaba la cabecera de la mesa. El vicepresidente de los Estados Unidos, Francis C. Ruxton, soportó impasible las inquisitivas miradas. Y expresamente, dejó transcurrir unos segundos antes de empezar a decir en tono pausado:

—Señores, mi Gobierno ha convocado esta reunión porconsiderarla de imperiosa necesidad para la supervivencia de la civilización actual. Y aunque sus Gobiernos estén más o menos informados de las causas que la motivan, estimamos oportuno que conozcan todos y cada uno de los detalles. Esas carpetas que tienen delante, y que luego podrán llevarse para estudiar detenidamente su contenido, son los resultados de cuantas investigaciones se han llevado á cabo en los últimos ocho días. Nos hemos visto obligados a trabajar contra reloj, reuniendo el máximo de datos posible para poder coordinar una acción inmediata.

Hizo una corta pausa y viendo que ninguno de los presentes se mostraba interesado en hablar, siguió:

—Como ustedes saben, la ciudad de Portland, en la costa del Pacífico, fue totalmente arrasada en el tiempo récord de cuarenta y ocho segundos. Todo el núcleo urbano de esa población es hoy un montón de escombros calcinados. Y es sólo una muestra insignificante del terrorífico poder al que debemos enfrentarnos. Estoy hablando en plural, porque nos consta que al igual que los Estados Unidos, sus países también han recibido el ultimátum de los seres cósmicos que se han instalado en este planeta. En cualquier instante, ciudades como Moscú, Odessa, Frankfurt, Stuttgart, Tokio o Nagoya, pueden ser reducidas a cenizas sin la menor posibilidad de defensa. Ya no sirven de nada nuestros ingeniosos sistemas particulares de defensa. Son arcaicos, inútiles, contra el poder de los invasores.

Hubo una nueva pausa y el soviético Wladimir Godunov, secretario de Estado de la Unión Soviética, la aprovechó para intervenir diciendo en tono ligeramente sarcástico:

—En mi opinión está usted sacando de quicio la situación, señor Ruxton. Nosotros nos resistimos a creer que unos seres extraterrestres se hayan instalado en algún lugar del Atlántico Norte.

La respuesta del vicepresidente norteamericano fue veloz y contundente:

—Usted acaba de mencionar el Atlántico Norte, señor Godunov. Y nuestros Gobiernos no han intercambiado ningún tipo de información respecto al punto desde el cual se supone que partió el ataque a Portland. ¿Eso significa que han llegado ustedes a la misma conclusión que nosotros?

—Bueno…

—Por favor, señor Godunov —lo interrumpió Ruxton haciendo un ademán de fastidio—. Es hora de olvidar antiguos antagonismos y hacer causa común en este problema que a todo nos atañe. Actuando en solitario, ninguno de nosotros posee la fuerza suficiente para enfrentarse con posibilidades de éxito a los invasores.

—No obstante, considero que debemos ser objetivos. Lo único que ha sido destruido en el planeta es una pequeña población de su país. Precipitarnos llevando a cabo una acción de represalia puede ser de consecuencias incalculables. Todo eso suponiendo que realmente existan esos extraterrestres.

—Usted sabe que existen y que están en la Tierra.

—Lo siento —negó el ruso—. Por el momento no tenemos ninguna prueba irrefutable.

—De acuerdo —asintió súbitamente irritado el vicepresidente de los Estados Unidos—. Esperemos a que sea destruida una población rusa para volver a tocar el tema.

Wladimir Godunov movió la cabeza chasqueando la lengua.

—Creo que usted no me entiende, señor Ruxton.

—Al contrario —silabeó el norteamericano mirándolo fijamente a los ojos—. Lo entiendo perfectamente.

—En nuestra opinión, la destrucción de Portland ha sido un caso aislado que no volverá a repetirse.

—¿Puede usted garantizarlo?

—Amigo mío —sonrió el ruso—. Es muy difícil garantizar algo, en todo esto. Pero insisto en que no debemos conceder demasiada importancia al caso de Portland.

Las pupilas de Francis C. Ruxton fulguraron de ira.

—Ha sido el primer aviso de los invasores. ¿Acaso van a negarme ustedes que han recibido idéntico ultimátum que los Estados Unidos? Somos en la actualidad los cuatro países más poderosos del planeta después de la revolución interior que acabó con el poderío chino. Se han dirigido a nosotros porque saben que el único peligro puede llegarles delas naciones a las que representamos.

Se hizo un nuevo silencio.

Johann Kreutzer, canciller de la Unión Alemana, movió la cabeza afirmativamente.

—Nuestro país ha recibido ese ultimátum. No disponemos de elementos de juicio para pronunciarnos en un sentido u otro, pero estamos completamente de acuerdo en que cualquier acción que se pretenda realizar debe de ser conjunta, en estrecha colaboración.

Kawabata Osamu, primer ministro japonés, apoyó las palabras del alemán:

—Mi país también está de acuerdo en que se debe trabajar colectivamente. El informe facilitado a mi Gobierno por los

observadores que se desplazaron al lugar donde estuvo ubicada Portland, fue categórico. Todos coincidieron en que tal destrucción sólo pudo ser conseguida utilizando armas desconocidas en la Tierra.

El vicepresidente de los Estados Unidos movió la cabeza y aseguró enfáticamente:

—De eso no tenga la menor duda.

Johann Kreutzer volvió a intervenir, inquiriendo:

—¿Tienen ya previsto un plan de defensa?

—Me temo que en este caso debemos hablar de ataque en vez de pensar en una defensa, señor Kreutzer. Perderíamos un tiempo precioso en preparar una defensa que posiblemente no llegaríamos a encontrar nunca.

El canciller alemán arqueó las cejas.

—Atacar a unos seres supuestamente superiores puede ser un suicidio, ¿no cree?

—No tenemos otra alternativa bajo nuestro punto de vista.

El soviético Godunov esbozó una hiriente risita.

—Ustedes los norteamericanos no cambiarán nunca, ¿eh? Sus científicos, sus técnicos, son los mejores del mundo y conciben siempre planes perfectos.

Ruxton comenzó a dar señales de impaciencia.

—Escuche, Godunov —dijo prescindiendo de tratamientos—. Hemos convocado esta reunión precisamente para tratar el tema en profundidad y elaborar un plan de acción entre todos. Estamos dispuestos a facilitar copias de cuantos informes se han conseguido y discutir el tiempo que sea necesario para llegar a un acuerdo. No obstante, es de vital importancia que encontremos la forma adecuada de actuar hoy mismo. Antes de que salgamos de esta sala. Si ustedes tienen algo pensado al respecto, lo escucharemos con toda atención.

El ruso tardó unos instantes en responder. Luego comenzó a decir pausadamente:

—En primer lugar es preciso que lo meditemos bien. Una decisión precipitada puede resultar catastrófica desde cualquier punto de vista.

Y bajo ningún pretexto estamos dispuestos a correr riesgos, mientras sea posible evitarlos.

—Su postura es absurda y hasta me atrevería a decir que egoísta, Godunov.

—Yo diría que es sensata, Ruxton.

Justo cuando terminaba de hablar Godunov, sonó uno de los tres teléfonos que había sobre la mesa. El hombre situado a la izquierda de Ruxton alargó el brazo y lo descolgó atendiendo la llamada. Después de escuchar unos segundos en silencio, tendió el auricular al secretario de Estado soviético.

—Es para usted.

Godunov lo miró extrañado antes de coger el auricular y aproximárselo al oído.

—Godunov al habla.

Durante unos segundos escuchó lo que le estaban diciendo desde el extremo opuesto del hilo, observado por los otros hombres que se hallaban en la sala. Todos pudieron darse cuenta de la transfiguración que empezó a producirse en el rostro del secretario de Estado ruso. Primero se reflejó un profundo asombro en sus facciones. Luego palideció intensamente y no pudo evitar un tic nervioso de su ojo izquierdo. Finalmente, murmuró con un hilo de voz:

—¿Cómo es posible...?

Desde el otro lado del hilo siguieron hablándole.

Después, cuando acabaron de informarle, devolvió el auricular al hombre que se lo había entregado. Con el semblante demacrado y los hombros abatidos, musitó con voz apenas audible:

—Odessa ha sido destruida.

* * *

El vicepresidente Ruxton señaló con un ademán al hombre de facciones angulosas y cabellos canosos que tenía a la izquierda, el mismo que había atendido la llamada telefónica momentos antes.

—El almirante Henry Pilcher, jefe del Departamento de Asuntos Submarinos de los Estados Unidos, los pondrá al corriente de cuanto

sabemos en relación a los invasores.

Todos los hombres reunidos en la sala centraron la atención en el almirante. Henry Pilcher se incorporó calmosamente y apoyó las manos planas en la mesa escrutando sin demasiado interés los semblantes girados hacia él. No le entusiasmaba el hecho de tener que dar explicaciones a aquellas personas.

A continuación empezó a decir:

—Ante todo tengo la obligación de aclarar que cuanto les diré forma parte de un conjunto de teorías, de hipótesis que en un futuro próximo serán confirmadas o no. De todos modos… —hizo una corta pausa y antes de seguir hablando señaló con un gesto al hombre de mirada abstraída que se sentaba a la derecha del vicepresidente Ruxton—. Nuestro profesor de física experimental nuclear, Hiram Lewis, se ha convertido en la persona clave de este asunto con su inapreciable trabajo. A él debemos el haber podido descifrar los extraños informes que tienen ustedes en esas carpetas para que luego sean examinados por sus científicos. Y estamos convencidos de que llegarán a las mismas conclusiones que nosotros. Por lo menos, en los hechos fundamentales que me dispongo a exponerles.

Tras un intencionado inciso, continuó Pilcher:

—Tenemos pruebas irrefutables de que en nuestro planeta se han instalado seres inteligentes de procedencia desconocida. Nos inclinamos a creer que llegaron de algún lugar de nuestra propia galaxia, pero no se descarta la posibilidad de que procedan de otra constelación. Tampoco es posible precisar el tiempo que llevan en la Tierra, pero todo parece indicar que han transcurrido muchos años desde que se instalaron en el fondo del Atlántico Norte. ¿Por qué se han refugiado en profundidades inaccesibles del océano? Esa es la primera incógnita. Puede explicarse suponiendo que esos seres proceden de un planeta acuático y que poseen una adaptabilidad especial que les permite sobrevivir tanto en el fondo del mar como sobre la superficie terrestre. No es nada extraordinario si recordamos que nuestras tortugas marinas son capaces de vivir en ambos ambientes. Si admitimos esa teoría, resulta evidente que habitan en las grandes fosas marítimas por razones de seguridad. Y eso nos llevaría a la conclusión de que no son invulnerables. En otras palabras; saben que si las potencias de la Tierra unen sus fuerzas, nunca conseguirían vencerlas. Llevan demasiados años estudiándonos, puede que siglos, y conocen el poder bélico que conjuntamente podemos llegar a desarrollar.

Pilcher guardó silencio y esperó a que alguno de los reunidos hablara.

Kreutzer, el canciller alemán, aprovechó la ocasión para objetar:

—La destrucción espectacular de Portland y Odessa, contradicen esas conclusiones, almirante Pilcher. Sobre todo, teniendo en cuenta la distancia que separaban a las dos ciudades del Atlántico Norte.

Henry Pilcher dio una cabezada de asentimiento.

—Eso es precisamente lo que ellos quieren que creamos. Necesitan intimidarnos hasta el punto de hacernos suponer que poseen una gran superioridad destructora sobre nosotros.

—¿Y acaso no es así?

—No podemos asegurarlo, pero estamos persuadidos de que no son todo lo poderosos que pretenden hacernos creer.

Kawabata Osamu intervino también en la discusión:

—En el ultimátum que cada uno de nuestros Gobiernos ha recibido amenazaban con seguir una destrucción sistemática de las ciudades más importantes, si no paralizábamos de inmediato las plantas extractoras de alimentos vegetales marítimos.

—Exacto —aprobó Pilcher apuntando con el índice al japonés—. Y esa es la segunda incógnita. ¿Por qué quieren que suspendamos la extracción de alimentos vegetales del mar? Aquí es fácil deducir que ellos están utilizando idéntica fuente que nosotros para proveerse de las proteínas que necesitan para la supervivencia. Esto es sólo una teoría, pero reviste caracteres verosímiles si seguimos un orden cronológico. En 1995 se instalaron en la Tierra tres plantas experimentales con el propósito de extraer vegetales de los fondos marinos y convertirlos en alimentos, dada la carestía de los mismos en el planeta. Pronto se pudo comprobar que la experiencia era un éxito. Tres años más tarde, el veinte por ciento de los alimentos que se consumían en el planeta se extraían del mar. Y diez años después ya funcionaban dieciséis plantas similares a las tres primeras. En la actualidad estamos sacando de los fondos marinos el sesenta por ciento de las proteínas que necesita la densa población terrestre. Y es precisamente ahora cuando empezamos a poner en peligro la existencia de esos seres. Esta situación los obliga a un desesperado ataque que posiblemente no desean. ¿Por qué atacarnos precisamente en estos momentos cuando todo parece indicar que están en nuestro planeta desde hace muchas décadas? Porque es ahora cuando estamos

poniendo en peligro su supervivencia.

Henry Pilcher guardó un breve silencio.

Y observando el interés que sus palabras despertaban entre los reunidos, siguió:

—Si damos por bueno que esos extraterrestres llevan un siglo, o quizá más, conviviendo con nosotros, y en todo ese tiempo no nos han causado daño alguno, aparte de varios barcos y aviones desaparecidos misteriosamente, hemos de llegar a una de estas dos conclusiones; o saben que llevarían las de perder en un enfrentamiento bélico o son seres pacíficos que no desean exterminar a los legítimos habitantes del planeta. Determinar con certeza cualquiera de los dos casos es imposible en estos momentos. Quizá sean seres pacíficos y al instalarse en la Tierra concibieron la idea de que era posible una convivencia con los humanos, ya que observaron cómo éstos utilizaban sólo las proteínas conseguidas en la superficie terrestre. Pero el problema se ha planteado al comenzar nosotros la extracción alimenticia de los fondos marinos. Entonces se han visto obligados a exteriorizar su potencial destructivo en un intento claro de intimidación. No obstante, estamos convencidos de que ese poder destructivo es cualitativo y no cuantitativo. Dicho de otra forma; creemos que en un enfrentamiento abierto, los invasores podrían, como mucho, destruir una cuarta parte de la superficie terrestre. Y eso a cambio de ser exterminados por nosotros.

Después de las palabras de Pilcher se abrió un largo silencio.

El soviético Godunov miró fijamente al almirante.

—¿Cómo pueden asegurar eso?

—No podemos estar seguros de nada, señor Godunov —replicó Pilcher con cierto sarcasmo en la entonación—. Creo haber aclarado al principio que todo cuanto iba a exponer estaba basado en hipótesis aún sin confirmar. Pero no cabe duda respecto al hecho de que los extraterrestres han querido dar un golpe de efecto y atemorizarnos. Con la espectaculardestrucción de Portlandy Odessa desean hacernos entender que su poderío es muy superior al nuestro. En realidad no es probable que sea así. Por las condiciones tan especiales del ambiente que habitan, su poder tiene que ser forzosamente limitado. Resulta imposible que a más de siete mil metros de profundidad hayan podido desarrollar armas como las utilizadas en Portland y Odessa, en cantidades alarmantes. Y dadas las circunstancias, no es descabellado

pensar que esas terroríficas armas fueran construidas en su planeta de origen y transportadas a la Tierra cuando se instalaron en ella.

El primer ministro japonés levantó la zurda reclamando atención.

—Almirante Pilcher: ¿quiere usted darnos a entender que esos extraterrestres han sacrificado gran parte de su poder bélico con objeto de intimidarnos?

—Exactamente. Por ser muy limitado su poderío destructivo han tenido que actuar contundentemente. Como se acostumbra a decir; se lo han jugado todo a una carta.

—Pero eso no pasa de ser una teoría.

—Cierto —admitió Pilcher moviendo la cabeza—. Sin embargo, es una teoría con un tanto por ciento muy elevado de confirmación. Podrán estudiarlo en los informes que guardan esas carpetas.

Hubo un nuevo silencio.

Kreutzer, el canciller de la Unión Alemana, se pasó la mano por el mentón reflexivamente.

—Usted ha dicho que pueden ser seres pacíficos, almirante.

—En efecto, señor Kreutzer.

—Entonces se podría pactar con ellos y llegar a un acuerdo que evite el enfrentamiento bélico. No debemos olvidar que, según sus propias palabras, millones de personas morirán si son arrasadas un buen número de nuestras ciudades antes de que consigamos exterminar a los extraterrestres.

En esta ocasión tomó la palabra el vicepresidente Ruxton, para rebatir la proposición del alemán:

—Eso no es posible por desgracia, señor Kreutzer. En los fondos marinos se encuentran las últimas reservas alimenticias para la supervivencia de la humanidad. No se pueden compartir. Esos seres lo han comprendido así y de ahí el ultimátum que hemos recibido. Somos componentes de dos clases de vida distinta que no pueden convivir en un mismo planeta, siendo éste deficitario en alimentos. Es preciso que desaparezca una de las dos civilizaciones, para que la otra tenga posibilidades de sobrevivir. Y más aún, si tenemos en común la necesidad proteínica. El problema se iría agudizando inevitablemente.

—Según ustedes no nos queda otra alternativa que atacarlos.

—Exacto.

—A pesar de las consecuencias que eso pueda tener para nuestra civilización.

—Es un riesgo que debemos correr.

—¿Han podido localizar el punto donde se encuentran?

—Suponemos que en la Fosa de Nares, frente a las Bermudas —informó el almirante Henry Pilcher—. Entre siete mil quinientos y ocho mil metros de profundidad.

Kawabata Osamu respingó sorprendido.

—¿Y estamos pensando en exterminarlos a dicha profundidad? Nuestros esfuerzos técnicos se han enfocado siempre a la conquista del espacio. No hemos puesto demasiado empeño en la exploración de los fondos marinos desgraciadamente. Cierto que funcionan infinidad de plantas extrayendo alimentos vegetales del mar, pero ninguna de ellas trabaja todavía a más de tres mil metros. Es una quimera que pensemos en atacar de forma eficaz a unos seres que se encuentran a esas profundidades. Los proyectiles nucleares o los rayos X-3030 que pudiéramos lanzarles, estallarían al pasar la barrera de los cuatro o cinco mil metros.

Godunov, secretario de Estado de la Unión Soviética, cambió una significativa mirada con su silencioso compatriota. El vicepresidente de los Estados Unidos, Ruxton, hizo un leve ademán al hombre que se sentaba a su derecha.

—Por favor, profesor Lewis.

Hiram Lewis, de baja estatura y voluminoso abdomen,, dio una lenta y ceremoniosa cabezada afirmativa paseando la mirada en derredor. Luego comenzó a decir hablando despacio:

—Siguiendo un proceso de desintegración del xoclano hasta los límites permitidos por la ciencia, hemos conseguido modificar la potencia destructiva de los rayos X-3030. Se trata de una fórmula que no vamos a facilitarles todavía, pero puedo asegurar que la conocida efectividad de los X-3030 no disminuirá en absoluto a ocho o diez mil metros de profundidad. Más bien ocurrirá todo lo contrario y su poder de destrucción será mayor.

La revelación del científico levantó una ola de murmullos entre los reunidos.

Sin embargo, los rusos no parecían demasiado sorprendidos. El acompañante de Godunov inquirió suavemente:

—¿Puede decirme si han comprobado ese extraordinario poder destructivo, profesor?

—Bueno… —titubeó Lewis—. Desde luego no se ha podido experimentar a esas profundidades. Pero todas las pruebas realizadas han sido satisfactorias. Les aseguro que nos encontramos ante una nueva etapa en los X-3030.

—Comprendo.

Francis C. Ruxton esperó a que cesaran los comentarios suscitados a raíz de las palabras de Lewis y cuando éstos acabaron, se dirigió nuevamente a los hombres allí reunidos:

—Como acaba de decirles el profesor Lewis, disponemos de unos poderes lo suficientemente eficaces para combatir a los invasores. Y creo que ha llegado el momento de concebir entre todos un plan de ataque.

Después de una corta pausa, preguntó el primer ministro japonés:

—¿Y la plataforma para lanzar los X-3030? No tenemos ningún submarino capaz de resistir las tremendas, presiones existentes a esas profundidades.

—No estoy de acuerdo, señor Osamu —replicó Ruxton—. Ustedes disponen de dos submarinos gemelos que fueron construidos empleando los mejores materiales y la técnica más avanzada. Los han utilizado con indudable éxito en la exploración de la fosa del Japón, donde los fondos marinos son superiores a los diez mil metros. Me refiero al *Yokohama* y al *Sukai.*

El japonés sacudió la cabeza rechazando la idea.

—Esos submarinos fueron concebidos y diseñados para llevar a término exploraciones científicas. Me temo que sus características no sean las más apropiadas para emplearlos como plataforma de lanzamiento. Se requieren unas condiciones especiales.

—Necesitamos esos dos submarinos, señor Osamu —dijo sin

vacilaciones el vicepresidente Ruxton—. Uno de ellos debe explorar lo antes posible la Fosa de Nares y sus contornos. Es preciso localizar con exactitud a los invasores. Entretanto, el otro submarino tendrá que modificarse para que pueda ser utilizado como lanzador de rayos X-3030. Y el trabajo deberá hacerse con la mayor premura.

El soviético Godunov compuso una mueca escéptica.

—Estoy observando que lo tienen todo perfectamente planeado, señor Ruxton. ¿Para qué necesitan nuestra colaboración? Si es que no desean afrontar solos la opinión pública, le agradeceré que lo diga sin ambages.

Francis C. Ruxton suspiró hondo.

—No es momento de recriminaciones, señor Godunov —silabeó con pausada entonación—. Una de nuestras ciudades ha sido la primera en desaparecer y por lo tanto es lógico que nos hayamos movido buscando solución al problema. En esta reunión hemos expuesto los conocimientos recopilados en los últimos días para que entre todos busquemos la forma adecuada de actuar. En nuestro ánimo no está la monopolización del modo en que debe hacerse.

Johann Kreutzer intervino apoyando al norteamericano:

—Creo que el señor Ruxton tiene razón. Nos encontramos ante un problema común que debemos resolver en estrecha colaboración. Como se dijo antes, es hora de olvidar pasados antagonismos.

La mayoría de los reunidos movieron la cabeza afirmativamente. Eran conscientes del crítico momento por el que atravesaba la Tierra. Y estaban realmente preocupados.

La reunión se prolongó cinco horas más.

Y cuando finalmente quedó disuelta, en la mente de aquellos hombres había un angustioso interrogante.

¿Se estaba incubando el fin de la humanidad?

CAPITULO PRIMERO

Lorena Lewis contempló en el espejo la imagen de su cuerpo desnudo. Todavía seguía siendo hermoso. A pesar de las frustraciones, de todas las insatisfacciones habidas en su matrimonio, de los desengaños, de tantas horas de insomnio en noches interminables..., su cuerpo continuaba siendo hermoso.

Los años no parecían pasar por Lorena Lewis. Aquellos oscuros cabellos cayendo en airosa cascada sobre los hombros, enmarcaban un maravilloso y atractivo semblante en el que destacaba la negrura insondable de los ojos. Unos ojos fascinantes que lo mismo podían ser remanso de cálida ternura, que despedir llameantes miradas de furia en momentos de contrariedad.

Era una mujer en la plenitud de su belleza.

Pero también era una mujer frustrada.

Toda su vida fue un continuo fracaso.

Jamás pudo encontrar la ternura que necesitaba y que la dulce expresión de su rostro parecía suplicar desesperadamente al mundo. Su marido, el físico nuclear Hiram Lewis, no supo comprenderla nunca. Quizá por egoísmo, por impotencia o por no sentir verdadero amor, dejó que se fuera apagando el fuego que ardía dentro de ella y que todavía asomaba a sus negros ojos con fuerza arrolladora. Como resistiéndose con desesperación a convertirse en cenizas.

Negros nubarrones cruzaban la mente de Lorena Lewis en aquellos instantes de intimidad. Cualquier cosa era preferible a seguir soportando aquel tremendo hastío que sufría cada hora, cada minuto, cada segundo del día.

De pronto escuchó unos pasos a su espalda y adivinó la presencia de su marido en la habitación. Con rápidos movimientos cogió la bata que había sobre la cama y cubrió su cuerpo. Después se revolvió furiosa y clavó una dura mirada en el hombre que la contemplaba con ojos llenos de deseo.

—Te he repetido mil veces que llames a la puerta antes de entrar en

mi habitación.

Hiram Lewis forzó una sonrisa como un niño cogido en falta.

—Soy tu marido.

La mirada de Lorena centelleó.

—Te consta que sólo lo eres en apariencia. Y sabes que te hubiera abandonado hace tiempo de no haberme suplicado que me quedara a tu lado.

Hiram Lewis dio unos pasos en dirección a su esposa.

En sus ojos seguía latiendo un deseo animal. No se apartaban del escote de la entreabierta bata.

—Yo te quiero, Lorena —empezó a decir en tono vacilante—. Si algo puedo hacer...

—Es demasiado tarde, Hiram —lo cortó fríamente ella—. No me pidas otra vez que volvamos a intentarlo.

—Es tarde porque tú quieres, Lorena.

—No deseo discutir contigo.

—¿Tanto me odias?

—No te odio en absoluto, Hiram —sacudió ella la cabeza con cierta indiferencia en la voz—. Tampoco te culpo de nada. Quizá sea mía la culpa de no haber podido sentirme mujer en tus brazos.

Hiram Lewis se pasó la punta de la lengua por los labios.

—Ahora sería distinto, Lorena,

—No, Hiram —replicó ella tajante—. Los dos sabemos que todo volvería a ser lo mismo. Tú y yo tenemos formas muy distintas de interpretar lo que es amor.

Hubo una pausa y agregó Lorena suavizando la entonación:

—No lo estropees más, Hiram. Te aprecio porque comprendo tu manera de ser y aunque me hayas hecho mucho daño, no tienes malos sentimientos.

Hiram Lewis permaneció unos segundos inmóvil, mirando en silencio a su esposa. Luego se aproximó a un sillón dejándose caer en él abatido. Sacudió la cabeza y cubriéndose el rostro con las manos, murmuró patéticamente:

—Todos vamos a morir, Lorena.

Ella frunció el ceño, extrañada.

—¿De qué estás hablando?

—De ti, de mí..., de toda la humanidad. Jamás hemos estado tan próximos al exterminio de la civilización.

Lorena Lewis no lograba entender lo que pretendía decirle su esposo. Sin embargo, tuvo la certeza de que algo grave estaba ocurriendo. Por eso se aproximó a él y pasó la mano por sus cabellos con espontáneo afecto.

—¿Qué sucede, Hiram? —preguntó sintiendo que el cuerpo de él se estremecía bajo la palma de su mano—. Espero que esto no sea una de tus posturas dramáticas...

—La Tierra ha sido invadida —la interrumpió su marido bruscamente —. Van a exterminarnos en el plazo máximo de una semana.

Lorena se quedó estupefacta ante la revelación.

Tardó unos segundos en poder decir llena de asombro:

—¿Por qué no me explicas lo que está pasando, Hiram?

El físico nuclear dio una cabezada afirmativa. Luego posó la mirada en su mujer y empezó a hablar. Durante más de un cuarto de hora la estuvo poniendo al corriente de lo que hasta entonces había sido considerado «alto secreto». Lorena lo escuchó atentamente. Sólo en dos ocasiones lo interrumpió con rápidas preguntas.

Y comprendió perfectamente todo cuanto escuchó.

Porque Lorena Lewis también trabajaba en el Departamento de Asuntos Submarinos. En el DAS estaba considerada como la mejor oceanógrafa de los Estados Unidos. Sus estudios submarinos habían sido publicados en todas las revistas especializadas del mundo. Incluso fue galardonada con el Nuevo Pulitzer por una obra sobre los fondos marinos.

Era una mujer fracasada en el amor.

Pero en su carrera había triunfado plenamente.

* * *

—¿Cuándo hacemos el amor, pequeña alondra?

Lorena Lewis levantó la cabeza sorprendida.

Embebida en el estudio del dosier sobre presiones marinas que tenía encima de la mesa, no había advertido la presencia de! hombre que acababa de entrar en el despacho y la miraba con un esbozo de sonrisa a flor de labios.

Los expresivos ojos negros de Lorena fulguraron.

—Eres un grosero, Will.

—Si quererte es una grosería tengo que admitir mi culpabilidad sin remisión —se lamentó Will Copian observando la reacción que sus palabras producían en Lorena—. No obstante, diré en mi descargo que es un sentimiento superior a mis fuerzas.

Ella movió la cabeza recriminativamente.

—Tu personalidad ha sufrido un lamentable cambio, Will. Me gustaba la corrección que había en tu trato personal. Muchas veces te he puesto de ejemplo ante otras personas.

Copian tomó asiento en el borde de la mesa.

—¿Y qué he logrado con mi exquisita corrección? —suspiró sarcástico —. Llevo una eternidad enamorado de ti y sólo he conseguido parecerte un personaje simpático con el que te sientes a gusto siempre que no me sobrepase.

Lorena lo miró a los ojos.

—Sabes que te quiero.

Copian encogió los hombros.

—Eso es lo que tú dices. Pero me cuesta mucho entender que una persona enamorada se conforme con unos besos a escondidas.

—Tú buscas otra cosa, ¿verdad?

—Naturalmente. Cuando se siente verdadero amor es lógico buscar la entrega total de la persona amada. Si dijese lo contrario sería un hipócrita.

Lorena Lewis bajó la mirada.

—Es muy difícil que consigas una entrega total de mí. Por lo menos en la forma que deseas.

—Lo imagino —dio una cabezada afirmativa Will Copian—. Hay ocasiones en que me ilusiono pensando que soy tu ideal masculino. Luego comprendo que sólo es una ilusión estúpida.

Lorena levantó la mirada vivamente y sus negras pupilas se posaron cálidas en él.

—No digas eso.

—¿Acaso no es cierto?

—Sabes que no lo es —hizo una corta pausa Lorena y en seguida añadió—: Estoy segura de que podría hacerte muy feliz, aunque sólo fueran unos años. Después todo acabaría entre nosotros y sería terrible. No lo soportaría.

—¿Por qué tiene que acabar nuestro amor?

Lorena respondió con un susurro apenas audible:

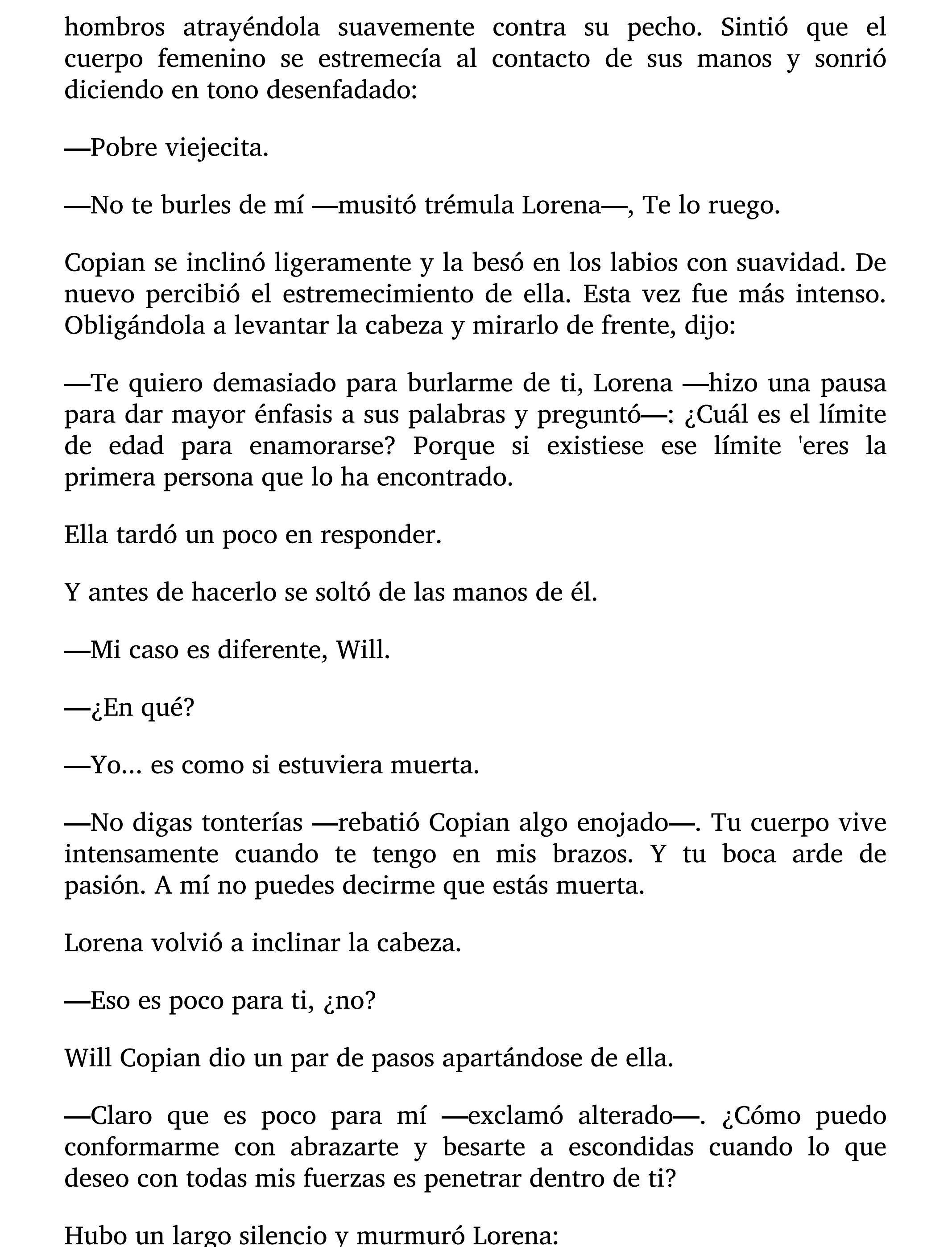
—Eres más joven que yo, Will.

—¿Y qué?

—Las mujeres envejecen antes que los hombres. Un día, cuando menos lo esperases, te encontrarías acostado con una vieja. Te alejarías de mi lado con cualquier excusa y mi vida acabaría en aquel momento. Quisiera quitar de mi mente esos pensamientos, pero no puedo evitarlo. Y lo intento con todas mis fuerzas.

Después de las palabras de Lorena se abrió un largo silencio.

Will Copian rodeó la mesa y acercándose a ella la cogió por los



hombros atrayéndola suavemente contra su pecho. Sintió que el cuerpo femenino se estremecía al contacto de sus manos y sonrió diciendo en tono desenfadado:

—Pobre viejecita.

—No te burles de mí —musitó trémula Lorena—, Te lo ruego.

Copian se inclinó ligeramente y la besó en los labios con suavidad. De nuevo percibió el estremecimiento de ella. Esta vez fue más intenso. Obligándola a levantar la cabeza y mirarlo de frente, dijo:

—Te quiero demasiado para burlarme de ti, Lorena —hizo una pausa para dar mayor énfasis a sus palabras y preguntó—: ¿Cuál es el límite de edad para enamorarse? Porque si existiese ese límite 'eres la primera persona que lo ha encontrado.

Ella tardó un poco en responder.

Y antes de hacerlo se soltó de las manos de él.

—Mi caso es diferente, Will.

—¿En qué?

—Yo… es como si estuviera muerta.

—No digas tonterías —rebatió Copian algo enojado—. Tu cuerpo vive intensamente cuando te tengo en mis brazos. Y tu boca arde de pasión. A mí no puedes decirme que estás muerta.

Lorena volvió a inclinar la cabeza.

—Eso es poco para ti, ¿no?

Will Copian dio un par de pasos apartándose de ella.

—Claro que es poco para mí —exclamó alterado—. ¿Cómo puedo conformarme con abrazarte y besarte a escondidas cuando lo que deseo con todas mis fuerzas es penetrar dentro de ti?

Hubo un largo silencio y murmuró Lorena:

—Nos separan muchas cosas.

—Seguro —cabeceó Copian sonriendo àcidamente—. Y entre ellas está tu cobardía.

Lorena lo envolvió en una extraña y cálida mirada.

—Es mejor que no volvamos a vernos, Will —dijo en tono quedo—. Yo puedo pedir el traslado a otro centro y así dejaríamos de hacernos daño mutuamente.

Copian empezó a mover la cabeza en sentido negativo.

—Eso no es posible ahora, pequeña alondra.

—¿Por qué? Creo que es lo mejor para los dos.

—Dudo mucho que sea lo mejor. Pero de todas formas tendremos que estar muy unidos en los próximos días. Se ha organizado una expedición al fondo de la Fosa de Nares y los dos formamos parte de ella. Eso es lo que he venido a comunicarte.

* * *

El almirante Henry Pilcher dio una fuerte chupada al enorme cigarro que sostenía con los dientes y empezó a echar humo como una locomotora antigua. Luego masculló dirigiéndose al hombre que estaba sentado frente a él:

—Los preparativos de la expedición han finalizado antes de lo previsto, Hiram. Pero hay que seguir trabajando sin desmayos. El *Sukai* debe estar listo para ser utilizado como lanzador de rayos X-3030 en cuanto tengamos informes de la primera expedición.

Hiram Lewis compuso una mueca escéptica.

—En el supuesto que la primera expedición regrese.

—Regresará.

—Yo tengo mis dudas, Henry.

—No seas pesimista, Hiram —farfulló Pilcher—. Esos submarinos japoneses están perfectamente construidos. Son los mejores que existen en el mundo. ¿Te has fijado en la técnica que emplean?

—Los japoneses son algo serio.

—Desde luego.

—¿Qué me dices de la técnica que empleaban los arquitectos que construyeron Portland?

— ¡Es distinto, diablos! —exclamó el almirante—. El *Yokohama* será un blanco móvil. Su velocidad de maniobra es inaudita.

Hubo un inciso y Lewis se pasó la mano por el rostro.

—Me preocupa Lorena —confesó con voz apagada—. A pesar de que nos hemos convertido casi en enemigos irreconciliables... Mi esposa es la mujer más maravillosa del mundo, Henry.

—Lo sé, Hiram —asintió Pilcher—. No pienses demasiado en el peligro que correrá allá abajo. Will Copian es el mejor jefe que podíamos haber encontrado para la expedición. Frío, calculador, inteligente... Es de los pocos hombres que pueden conducir a buen término una misión de esta envergadura. Si existe una posibilidad de burlar a los extra- terrestres sabrá aprovecharla.

Lewis confirmó moviendo la cabeza.

—Conozco la capacidad de Copian. Sin embargo, trabajará con personas desconocidas con las que nunca ha tratado, a excepción de Lorena. No tendrá a su equipo habitual.

—Hemos tenido que hacer algunas concesiones, Hiram. No podíamos negar el ofrecimiento de nuestros aliados. No obstante, Cass, Haskins y Langley estarán con nosotros en el buque nodriza. Pueden ser muy útiles en la superficie.

—¿Para cuándo tienes previsto iniciar la expedición?

Pilcher dio otra chupada al cigarro antes de contestar.

—Zarpamos esta misma noche, Hiram.

CAPITULO II

El *21 de Julio,* buque nodriza de la Marina de Guerra norteamericana, dejó atrás las costas de Florida y navegó a través de las Bahamas en dirección a la Fosa de Nares. Cruzaba las negras aguas del Atlántico a la máxima velocidad que le permitían sus turbinas.

El *Yokohama iba* en su metálico vientre.

Se trataba de un pequeño submarino de bolsillo con capacidad máxima para cinco tripulantes. Había sido construido por los japoneses y sus gruesas paredes metálicas podían soportar altas presiones sin peligro de fisuras. Llegado el momento sería depositado en la superficie marina por la popa del buque nodriza.

En una de las salas de operaciones del *21 de Julio* se encontraban reunidos los miembros de la expedición. Will Copian ocupaba un estrado acompañado del almirante Henry Pilcher. Frente a ellos se sentaban el soviético Oleg Nevsky, el alemán Karl Winzer, el nipón Shibata Kamamura y la oceanógrafa Lorena Lewis.

De mutuo acuerdo habían decidido utilizar el idioma inglés.

Y Copian no perdió tiempo en empezar a hablar, tan pronto se hubieron sentado todos.

Escrutando el semblante de cada uno de ellos, dijo:

—No voy a ocultarles la contrariedad que siento por verme obligado a trabajar con un equipo al que desconozco. Sin embargo, no deseo que interpreten mal mis palabras. Estoy habituado a trabajar con un grupo de hombres a los que conozco perfectamente y tenemos un buen nivel de compenetración. Eso es todo.

Hizo Copian una breve pausa y en seguida continuó:

—Por otra parte, considero que los días de entrenamiento han resultado insuficientes. No obstante, es evidente el alto grado de preparación alcanzado por cada uno de ustedes en sus respectivos países. Eso es una garantía de que todo marchará bien. Tenemos una misión encomendada y vamos a cumplirla con éxito. Nos consta a

todos que nos estamos jugando la supervivencia de la raza humana y tenemos que desterrar de nuestras mentes la idea de un fracaso.

Copian hizo otro inciso.

Comprobó que lo escuchaban atentamente.

—Cualquiera de ustedes posee la suficiente capacidad para haber sido designado jefe de la expedición —continuó en tono pausado Copian—. Pero el mando se me ha encomendado a mí y ésa es la razón por la cual deseo aclarar algunos puntos antes de sumergirnos en la Fosa de Nares. Cuando vayamos hacia el abismo no admitiré problemas bajo ningún pretexto. Siempre que lo crea oportuno consultaré con el miembro adecuado de la expedición. Pero no admitiré la menor objeción a mis órdenes. Exigiré que sean cumplidas en el acto y sin réplicas. Ese punto tiene que quedar claro para todos. Tampoco les consentiré iniciativas salvo en casos de extrema gravedad. No actuarán por cuenta propia en ningún momento. Y sobre todo, cualquier dato, por insignificante que parezca, me será comunicado de inmediato.

De nuevo guardó silencio Copian y después de pasear la mirada escrutando el rostro a cada uno de los reunidos, preguntó:

—¿Alguna objeción?

El ruso Oleg Nevsky, que había mostrado una clara predisposición al entendimiento con sus compañeros durante los escasos días que permanecieron en la Base Naval del DAS tomando contacto con los instrumentos del *Yokohama,* bromeó:

—Acaba de decir que no admite objeciones, Copian.

Copian lo miró sin alterar ni un músculo del rostro. El soviético le había caído bien desde el mismo momento en que le fue presentado, pero tenía por norma el no exteriorizar simpatía por ninguno de los hombres que trabajaban a sus órdenes.

En este caso mantuvo su costumbre.

Y con voz impersonal, replicó:

—Ahora sí las admito, Nevsky. Mañana al amanecer, cuando el *Yokohama* empiece a descender hacia el fondo del Atlántico, será diferente. Si alguno desea ser reemplazado todavía estamos a tiempo. Es preferible que lo diga.

El soviético movió la cabeza forzando una sonrisa.

—No tendrá problemas con nosotros, Copian.

—Eso es cuanto les pido —cabeceó Copian—. Ahora les ruego presten atención a lo que tiene que decirles el almirante Pilcher. Aunque cada uno de ustedes conoce ya cuál será su cometido a bordo del submarino, es conveniente que repasemos los pormenores de la operación. Para mayor seguridad.

Ninguno de los presentes despegó los labios.

El almirante Pilcher se levantó de la silla que ocupaba y enfrentándose a las personas que estaban dispuestas a arriesgar la vida en beneficio de la raza humana, habló largo rato con ellas. Intentaba conseguir que todas las instrucciones quedaran grabadas en sus mentes. Y lo consideraba de vital importancia para obtener una coordinación adecuada en el transcurso de la operación.

Lorena Lewis y Will Copian cambiaron algunas miradas muy significativas mientras hablaba el almirante.

Podían decirse con los ojos todo el amor que se profesaban.

¿O acaso eraapasionado deseo?

Copian tenía sus dudas al respecto. En varias ocasiones había estrujado entre sus brazos a aquella mujer. La había besado apasionadamente y ella siempre respondió generosamente a sus caricias.

¿Deseo animal o verdadero amor?

Quizá nunca llegaría a saberlo.

Porque a pesar del fuego que estremecía a Lorena Lewis cada vez que la besaba, jamás se entregó a él por completo.

* * *

En la plana popa del *21 de Julio* se abrieron unas pesadas compuertas y el Yokohama se deslizó lentamente por unos carriles que lo depositaron en las serenas aguas. Se trataba de un sumergible cuya

eslora no superaba los quince metros y con un perímetro aproximado de siete a ocho.

De estructura convexa, en forma de puro.

Los primeros rayos solares del amanecer arrancaron destellos en sus compactas y plateadas planchas. Pero sólo durante poco más de un minuto. Porque el submarino pronto comenzó a sumergirse desapareciendo bajo las aguas ante las expectantes miradas de los hombres que ocupaban las cubiertas del buque nodriza.

El Yokohama describió una circunferencia de unos ochenta metros y fue introduciéndose en las profundidades sin dejar de girar en círculo, como una persona cuando desciende por una escalera de caracol, como si su estructura hubiese sido atrapada en un remolino del que no se podía escapar.

La espuma que provocó en las suaves olas al desaparecer de la superficie permaneció escasos minutos. Luego las aguas volvieron a una completa normalidad y no quedó ni el menor rastro del submarino. El almirante Pilcher abandonó el puente de mando acompañado de Hiram Lewis y de un individuo fornido llamado Tom Langley.

Mientras se dirigían a la sala central de operaciones instalada por Pilcher cerca del puente de mando, masculló el sujeto de fuerte envergadura:

—Tendrá problemas Copian, señor.

Pilcher giró la cabeza a medias.

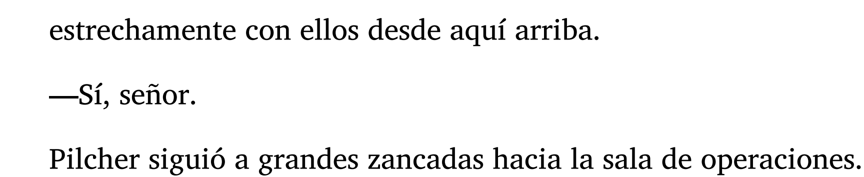
—No seas pesimista, Langley.

—La tripulación le es desconocida, señor —insistió Langley—. Todos lamentamos no haberlo podido acompañar.

—Nadie es insustituible, Langley —aseveró Pilcher—. Las personas a las órdenes de Copian ahí abajo están capacitadas para llevar a término cualquier tipo de trabajo en las profundidades marinas. Son elementos de gran valía.

—Sin embargo…

—Basta, Langley —lo atajó el almirante echando una fugaz mirada a las facciones tensas del profesor Lewis—. Tenemos que colaborar



estrechamente con ellos desde aquí arriba.

—Sí, señor.

Pilcher siguió a grandes zancadas hacia la sala de operaciones.

Langley se rezagó unos pasos y masculló en tono quedo:

—Seguro que Copian echa de menos a su equipo.

Copian echaba de menos a su equipo y al submarino norteamericano que utilizaban para bajar a los fondos marinos.

Echó una mirada en derredor y torció el gesto contrariado.

La tripulación estaba demasiado comprimida en el interior del Yokohama. Dos compartimientos de unos dieciséis metros cuadrados cada uno era todo cuanto tenían. Y como las paredes se hallaban llenas de paneles electrónicos y salientes conteniendo avanzados sistemas de controles, el habitáculo se reducía.

—Dos mil metros —anunció el alemán Winzer con la mirada puesta en la aguja que iba bajando paulatinamente—. Descendemos a una velocidad media de cien metros por minuto.

Copian dio una cabezada afirmativa.

Y mirando al ruso Nevsky que había sido encargado de detectar en la pantalla receptora de imágenes cualquier objeto que se encontrara próximo al submarino, inquirió:

—¿Ninguna novedad, Nevsky?

—Hace unos segundos ha pasado junto a nosotros un enorme pulpo. Pero se ha alejado de inmediato. Según parece, tenía tanto miedo como nosotros mismos.

Copian lo miró fijamente.

—¿Tiene miedo, Nevsky?

El ruso encogió los hombros y sonrió.

—Como cualquiera de los que vamos en esta lata de sardinas. Pero no tema, Copian, cuando llegue el momento no le fallaré.

Copian asintió.

—Eso espero.

—Tres mil metros —informó Winzer.

Shibata Kamamura tenía experiencia de anteriores inmersiones con el Yokohama y había sido designado para conducir el submarino por aquellos abismos acuáticos. El manejo de los mandos era simple y no requerían más que a un hombre para llevar a cabo cualquier maniobra.

Por complicada que fuese.

Copian pasó al otro compartimiento y puso la diestra en el hombro de Kamamura.

—¿No es peligroso descender a esta velocidad?

El japonés movió la cabeza sin apartar la mirada de la pantalla que tenía delante.

—No, siempre que lo sigamos haciendo en espiral.

—Son fuertes estos submarinos, ¿eh?

—No lo dude, Copian. Son tan compactos como un bloque de granito y tan rápidos de maniobra como un pequeño bólido.

—Eso es evidente.

Ambos guardaron silencio.

Copian echó una mirada a la pantalla que tenía delante Shibata Kamamura. En ella se veían las negras aguas que iba surcando la proa del sumergible. Unos focos, cuyo haz luminoso alcanzaba unos doscientos metros, rasgaban las tinieblas y sorprendían a los peces que subían buscando alguna presa.

Uno de enorme tamaño dio un coletazo y se apartó raudo de la trayectoria del submarino.

Kamamura esbozó una sonrisa.

—Se ha puesto furioso.

—Hemos turbado su paz.

En aquel momento se escuchó una llamada en el emisor-receptor:

—Aquí Aries Uno llamando a Aries Dos, aquí Aries Uno llamando a la tripulación de Aries Dos. Respondan, Aries Dos.

Lorena Lewis, encargada de mantener la comunicación con la sala central de operaciones instalada en el buque nodriza, accionó un resorte en el panel Inmediatamente apareció el rostro de Pilcher en el recuadro iluminado del receptor.

—Aries Dos contestando a central —respondió Lorena Lewis—. Estamos a la escucha.

La voz de Pilcher sustituyó a la del operador solicitando:

—Quiero hablar con Copian, Lorena.

Copian escuchó la petición del almirante y se aproximó a la emisora en el momento en que Winzer anunciaba desde el otro compartimiento que habían sobrepasado los cuatro mil metros de profundidad.

—Aquí estoy, almirante.

—¿Cómo va todo ahí abajo, Copian?

—Sin novedad a los cuatro mil, almirante.

—Extremen las precauciones.

Copian observó que el rostro de Pilcher aparecía surcado de arrugas y en sus ojos había inquietud. Sin comprender muy bien la advertencia del almirante, masculló:

—¿Qué diablos podemos hacer para extremar precauciones? Sólo es posible reducir la velocidad de inmersión.

—Hágalo, Copian. Y si se ven en grave peligro no duden en subir todo lo rápido que puedan.

Copian frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, almirante?

—De ninguna forma podemos prescindir del Yokohama. Ese submarino es una pieza clave en la operación.

—Eso ya lo sabíamos desde el principio, almirante —rezongó Copian —. No se ande con rodeos, infiernos.

Hubo una corta pausa y acabó diciendo Pilcher:

—Otra ciudad ha sido destruida j5or esos seres, Copian. Lamento decirle que dadas las circunstancias, el Yokohama es más importante... que ustedes mismos.

Will Copian quedó unos segundos anonadado.

Y lo mismo le sucedió al resto de la tripulación. Porque la voz del almirante había llegado a todos.

Después de unos segundos de silencio, preguntó Copian:

—¿Qué ciudad ha sido, almirante?

—Es contraproducente...

— ¡Por el amor de Dios, almirante!

—Kanazawa.

En esta ocasión se estableció un silencio más largo. Todos percibieron el estremecimiento que sufrió el cuerpo de Shibata Kamamura. Pero siguió en su sitio sin tan siquiera girar la cabeza.

Copian inquirió:

—¿Han comprobado la posibilidad de un error? Me refiero que la destrucción ha podido ser provocada por una explosión nuclear o por otra causa desconocida. Un fuerte seísmo...

Pilcher sacudió la cabeza en lenta negativa.

—El mensaje que acaba de llegarnos es demasiado claro. Por los primeros informes todo es idéntico a lo sucedido en las ciudades de Portland y Odessa. Se descarta la posibilidad de error.

Hubo un nuevo silencio y lo rompió Copian emitiendo un gruñido:

—¿Qué se espera ahora de nosotros?

—Exactamente igual que antes, Copian. Necesitamos el máximo posible de información sobre esos extraterrestres.

—Conservando intacto el Yokohama, eh?

—Exacto.

Copian dio una brusca cabezada de conformidad.

—Lo tendré al corriente de cuanto ocurra aquí abajo, almirante.

—De acuerdo, insisto una vez más en que extremen las precauciones, Copian.

—Descuide, señor.

Cuando se cortó la comunicación, Copian permaneció inmóvil junto al emisor-receptor. De pronto se encontró con las oscuras pupilas de Lorena fijas en él y sacudió la cabeza saliendo de su abstracción. Ella le preguntó en tono quedo:

—¿Qué puede ocurrir, Will?

—Que me maten si lo sé, pequeña alondra.

Acto seguido fue Copian junto al japonés Kamamura. Este mantenía la mirada fija en la pantalla y sus manos empuñaban con fuerza inusitada los mandos. Observando la cris- pación de sus labios, le puso Copian la mano en el hombro.

—Siento lo ocurrido, Kamamura.

El japonés no respondió.

En aquel momento anunciaba Winzer:

—Estamos a cinco mil metros de profundidad.

Copian habló en voz alta para que todos pudieran escucharlo:

—A partir de este momento quiero que cada uno de ustedes esté atento a los controles sin perderlos de vista ni una décima de segundo. Es de vital importancia detectar cualquier peligro de inmediato. Reduzca al cincuenta por ciento la velocidad de inmersión, Kamamura.

El japonés asintió en silencio.

Viendo lo afectado que estaba, bajó Copian el tono de voz para aconsejarle:

—No podemos desfallecer por terribles que sean los acontecimientos, Kamamura. De nosotros depende la supervivencia de todos los seres que habitan en la Tierra.

Kamamura encogió los hombros abatido.

—¿Qué me importa a mí el resto del mundo?

Copian respingó arrugando el entrecejo.

—¿Qué infiernos está diciendo?

Entonces levantó la cabeza el japonés- y puso en Copian una fría mirada.

—Mi esposa y mis dos hijos vivían en Kanazawa, Copian.

CAPITULO III

En la sala de control de operaciones instalada en el buque nodriza reinaba un gran silencio. Todos aguardaban en un ambiente de extraordinaria tensión a que se escuchara la próxima información procedente del Yokohama.

El almirante Pilcher se movía de un lado a otro emitiendo gruñidos de impaciencia.

Floyd, el operador de la emisora, mantenía abierta la comunicación con el sumergible que se adentraba cada vez más en las profundidades del océano.

De pronto respingó sobresaltado.

— ¡Almirante...!

Pilcher se puso a su lado en dos zancadas.

Ambos fruncieron el ceño con la mirada puesta en el videode recepción de imágenes. Y lo mismo de sorprendidos estaban los hombres que se aproximaron a ellos. La pantalla, que en régimen normal de funcionamiento tenía una leve tonalidad azulada, se estaba volviendo de un rojo intenso. En cuestión de segundos adquirió un tono de color inaudito.

Daba la impresión que iba a estallar de un momento a otro.

Floyd miró desconcertado al almirante.

—No comprendo...

—¡Revisen los circuitos! —gritó excitado Pilcher—. Que-darnos sin comunicación con el Yokohama sería catastrófico.

Dos hombres se apartaron de allí a la carrera y fueron a los paneles electrónicos. Pero antes de que llegaran a ellos se había producido un cambio en la pantalla del video. Del color rojo intenso pasó a un tono violeta. Luego comenzó a formarse en el centro de la pantalla un círculo de bordes perfectamente definidos. Y fue reduciendo su tamaño hasta unos tres centímetros de diámetro.

Un círculo de color violeta situado en el centro de la pantalla.

Y de pronto empezó a escucharse una voz de inflexiones metálicas por el receptor de sonido. Simultáneamente, al sonar cada palabra en la sala, el círculo agrandaba o disminuía de tamaño con vertiginosa rapidez. Por increíble que pareciese, las palabras eran emitidas por aquel insólito disco luminoso.

Todos los presentes escucharon estupefactos las palabras que iban saliendo del receptor:

—Están cometiendo un tremendo error, almirante Pilcher. Atacarnos a nosotros es una acción suicida que sólo puede conducirlos a una completa destrucción de la superficie terrestre. Nuestra tecnología es infinitamente superior a la de ustedes. Si persisten en el empeño nos veremos obligados a actuar de forma contundente. Tenemos poder para convertir en escombros cada una de sus ciudades. No nos obliguen a seguir demostrándolo.

Pilcher y sus hombres quedaron mudos de asombro largos segundos. Después, preguntó en tono alterado el almirante:

—¿Quién es usted?

Se escuchó una suave risita a través del receptor y acto seguido dijo la voz metálica:

—Mi nombre es Lomo y puede decirse que soy lo que ustedes llaman un Ministro de Guerra.

—¿Extraterrestre?

—Eso es evidente, almirante Pilcher.

—¿Por qué están destruyendo nuestras ciudades?

—Es sólo un pequeño aviso. Ustedes han estado muchos años conformándose con extraer del mar alimentos de origen animal. Pero ahora han empezado a despojarnos de los vegetales y eso nos perjudica. No lo vamos a consentir.

Pilcher estaba serenándose por momentos.

Casi habituado ya a la insólita conversación que sostenía, dijo ásperamente:

—Ustedes no tienen ningún derecho en este planeta.

—Se equivoca, almirante Pilcher —respondió la voz metálica con grave entonación—. Llevarnos tantos años en la Tierra, que nos consideramos legítimos habitantes de ella. Tanto como ustedes. Procedemos de un planeta extinguido hace siglos. Llegamos a la Tierra con el firme propósito de no causarles ningún daño, a pesar de que pudimos destruirlos por completo. Pero nuestra forma de vida es muy distinta a la de ustedes y no nos resulta difícil sobrevivir en los fondos marinos. Disponemos de computadoras que durante siglos han estudiado sus costumbres, sus fuerzas bélicas, sus lenguas… Puedo asegurarle que sabemos infinitamente más que ustedes del planeta y sus primitivos habitantes. En alguna ocasión nos hemos vistos obligados a cambiar el curso de los acontecimientos, aunque siempre se procuró causarles el menor daño posible. Sin embargo, ustedes han seguido una lógica evolución y están llegando al límite que podemos consentirles. En la actualidad no tenemos otra alternativa que hacerlos entrar en razón o destruirlos.

Hubo un silencio y preguntó Pilcher:

.—¿Estarían dispuestos a desencadenar un exterminio total?

—No deseamos hacerlo. Pero la decisión no depende de nosotros.

—Sus palabras indican que prefieren pactar.

—Desde luego. A condición de que no vuelvan a funcionar las plantas extractoras de alimentos marinos y de que abandonen la loca idea de atacarnos.

Pilcher se pasó la diestra por el mentón con la mirada fija en el extraño círculo de color violeta.

—Para desear la paz no están dando muestras de buena voluntad —masculló hoscamente—. Han exterminado a miles de terrestres.

—Una mínima parte de la población, ¿no?

—Pero…

La voz metálica lo cortó tajante:

—No es cuestión ahora de discutir procedimientos, almirante Pilcher. Le aconsejo que consulte con los jefes del planeta y tomen urgente decisión.

Pilcher vaciló.

Su mente buscaba una salida a la complicada situación.

No conseguía encontrarla.

—Escuche, Lomo… —empezó a decir titubeante—. La condición que ustedes imponen de paralizar las plantas extractoras es inadmisible. Comprenda que de ellas depende nuestra propia supervivencia.

—Ese problema no nos concierne, almirante —rebatió Lomo—. La población de la superficie terrestre ha alcanzado cotas suicidas sin que ustedes se preocuparan seriamente del hecho. Ahora es demasiado tarde para rectificar. No podemos consentirles que sigan quitándonos proteínas de los fondos marinos.

—¡No les estamos quitando nada, maldita sea!

A pesar de la rabiosa explosión de Pilcher, la voz de Lomo no se perturbó en absoluto. Con la misma fría entonación que había mantenido durante la comunicación, aseveró:

—Desde nuestro punto de vista es como si nos robaran.

—Pero no es cierto —masculló Pilcher excitado—. Tenemos todo el derecho de explotación…

—Tampoco es cuestión de derechos, almirante —lo cortó nuevamente el extraterrestre—. Nosotros necesitamos esos alimentos y no consentiremos que sigan adelante. Queremos la paz, pero estamos dispuestos a destruirlos si nos obligan. Vuelvo a repetirle la conveniencia de tomar una decisión entre los jefes de la superficie terrestre. Ellos comprenderán que deben hacer lo que pedimos.

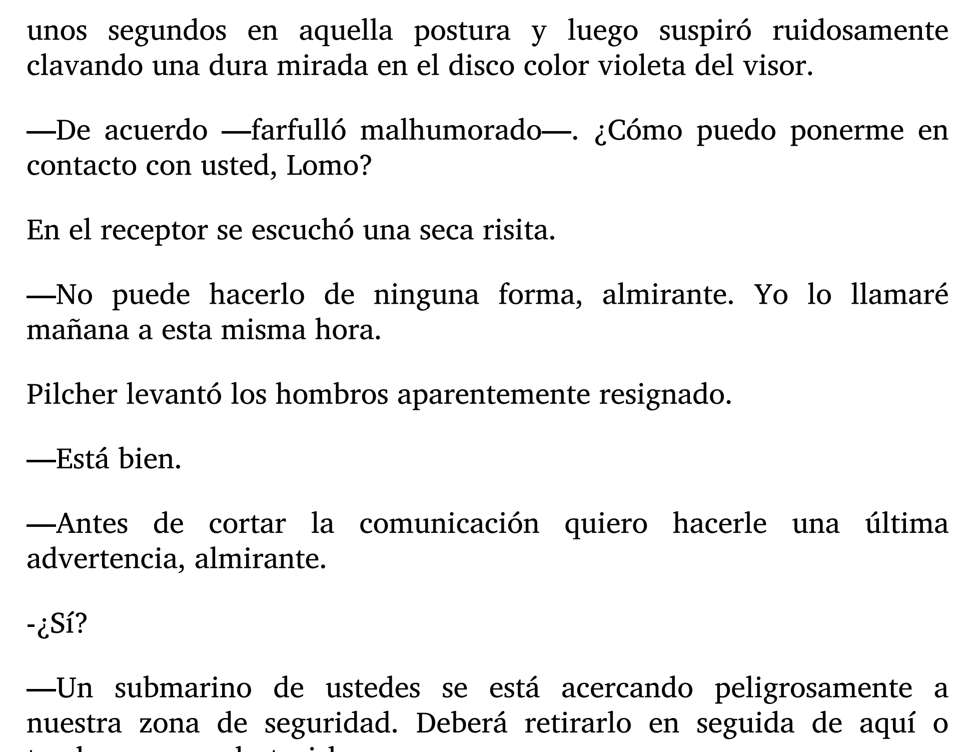
—No es tan sencillo, Lomo —rezongó Pilcher—. Llegar a un principio de acuerdo les llevará días.

—Sólo disponen de veinticuatro horas, almirante.

—Pero… ¡no es posible en tan corto espacio de tiempo!

—Lo es, Pilcher. Sabemos que los jefes supremos de la superficie terrestre se encuentran reunidos en sesión permanente. Sólo tiene que notificarles nuestras condiciones. Si transcurre el plazo fijado sin una respuesta convincente de ustedes, procederemos a destruir de forma sistemática sus ciudades más importantes.

Henry Pilcher inclinó la cabeza y apretó impotente los puños. Estuvo



unos segundos en aquella postura y luego suspiró ruidosamente clavando una dura mirada en el disco color violeta del visor.

—De acuerdo —farfulló malhumorado—. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted, Lomo?

En el receptor se escuchó una seca risita.

—No puede hacerlo de ninguna forma, almirante. Yo lo llamaré mañana a esta misma hora.

Pilcher levantó los hombros aparentemente resignado.

—Está bien.

—Antes de cortar la comunicación quiero hacerle una última advertencia, almirante.

-¿Sí?

—Un submarino de ustedes se está acercando peligrosamente a nuestra zona de seguridad. Deberá retirarlo en seguida de aquí o tendremos que destruirlo.

—Ustedes todo lo destruyen, ¿eh?

—Obedezca mi indicación si desea que sus hombres vivan, Pilcher.

El almirante pensó en los ocupantes del Yokohama.

Ydando una cabezada afirmativa, transigió:

—Les daré orden de regresar.

—Hasta mañana entonces, almirante.

Pilcher dejó escapar un gruñido y fijó la mirada en el visor. Vio cómo el círculo de color violeta se iba difuminan- do hasta desaparecer de la pantalla sin dejar rastro.

El operador Floyd levantó la cabeza mirándolo.

—¿Comunico con el Yokohama, señor?

—No.

—¿Desea hablar antes con el Estado Mayor?

—¡No deseo que me ponga con nadie, Floyd! —rugió Pilcher ante la general sorpresa de cuantos le rodeaban—. Yo estoy encargado de esta operación y pienso hacer las cosas a mi manera.

El profesor Hiram Lewis, que se encontraba entre los restantes miembros de la sala de control, arrugó el ceño y se aproximó a Pilcher escrutándole el rostro.

—Tienes que ser sensato, Henry.

—Soy sensato, Hiram —dio Pilcher una brusca cabezada afirmativa en seco ademán—. Pero la operación seguirá adelante tal como está concebida.

El semblante del profesor Lewis palideció.

Yde su garganta brotó un hilo de voz:

—Destruirán el Yokohama, Henry.

Pilcher encogió los hombros con resignación.

—Es un riesgo que debemos correr.

—No eres justo, Henry —sacudió la cabeza Hiram Le- wis—. Cinco personas van a morir irremisiblemente si decides continuar la operación. Te vas a convertir en verdugo de ellas y...

— ¡Alto, Hiram! —gritó Pilcher lívidas las facciones—. Si pienso continuar la operación es porque tengo razones poderosas para hacerlo. Me importa tanto como a ti la vida de esas cinco personas que están en el Yokohama. A pesar de que en ese submarino se encuentre tu esposa. Pero actuaría de idéntica forma si yo mismo estuviera en él. En Portland, Odessa y Kanazawa han muerto varios millones de personas y no importa que mueran cinco más, si podemos sacar algo positivo.

—¿Qué esperas de positivo en la destrucción del Yokohama, Henry?

—Te lo diré cuando lo sepa, Hiram.

Lewis lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Te has vuelto loco.

—No, Hiram —rebatió Pilcher algo más calmado—. ¿Crees sinceramente que podemos pactar con esos extraterrestres? Ponen

como condición ineludible que sean paralizadas de inmediato las plantas extractoras. Eso significaría la muerte segura de millones de personas. No podemos detener la extracción de alimentos vegetales marinos, porque sería una tremenda catástrofe para la humanidad. Piensa un momento en el tiempo que podríamos sobrevivir sin sacar provisiones del mar.

Hiram Lewis guardó silencio unos instantes.

Luego, murmuró:

—Y si no aceptamos sus condiciones nos destruirán.

—Es posible, Hiram —asintió Pilcher—. Pero no tiene que ocurrir necesariamente así. En tus teorías sobre esos seres asegurabas que debían tener un punto vulnerable. Si logramos encontrar la manera de atacarlos con eficacia, tendremos mucho ganado.

Lewis inclinó la cabeza apesadumbrado.

—Pero, Lorena…

Pilcher puso una mano en su hombro.

—No hay otra alternativa que arriesgar la vida de las personas aprisionadas en el fondo del Atlántico. Créeme que lo siento de veras. Por nada del mundo haría regresar al Yokohama.

CAPITULO IV

—Estamos a unos cuatro metros del fondo —informó el japonés Kamamura con voz impersonal—. Las turbinas remueven la arena y eso reduce la visibilidad.

—Suba dos o tres metros.

—De acuerdo.

Mientras el japonés accionaba los mandos, miró Copian hacia WinzeF.

—¿Profundidad actual?

—Siete mil doscientos sesenta metros.

—Perfecto —comentó Copian echando una ojeada a su alrededor—. Esta lata de sardinas parece que resiste bien la presión.

Kamamura curvó los labios en mueca sardónica, pero se abstuvo de formular comentario alguno. Todavía se hallaba afectado por la noticia de la destrucción de Kanazawa. Abstraído en sus propios pensamientos, sólo hablaba lo imprescindible.

Copian levantó la voz para que todos lo escucharan:

—Nos encontramos en la zona norte del fondo de la Fosa de Nares. Es imposible predecir lo que vamos a encontrar en nuestra exploración, pero todos los indicios indican que esos extraterrestres habitan en cualquier lugar de la Fosa. Nos moveremos hacia el sur examinando cada rincón y solicito de todos ustedes la máxima atención a los controles que tienen delante. Es completamente necesario detectar cualquier peligro con la suficiente antelación.

Hizo una pausa por si había alguna objeción y viendo que todos guardaban silencio y centraban su atención en los instrumentos que controlaban, ordenó al japonés:

—Adelante, Kamamura.

El sumergible comenzó a desplazarse lentamente por las negras aguas del fondo de! Atlántico Norte. Los potentes focos del submarino

rasgaban a duras penas las tinieblas que los envolvía como un helado manto mortal. En la pantalla de proa aparecían enormes animales marinos que pronto se alejaban dando furiosos coletazos.

Copian se aproximó a Lorena Lewis.

—Comunícame con Pilcher.

La mujer accionó un pulsador abriendo la comunicación.

—Aries Dos llamando a Aries Uno, Aries Dos llamando a Aries Uno.

La respuesta del buque nodriza no se hizo esperar:

—Adelante, Aries Dos. Estamos a la escucha.

Copian se puso delante del objetivo del video y vio que Pilcher aparecía en el recuadro luminoso de comunicación. La expresión de su rostro reflejaba una honda preocupación. Tenía las facciones rígidas, demacradas.

Antes de que Copian tuviera tiempo de hablar, inquirió .el almirante con cierta brusquedad:

—¿Qué ocurre, Copian?

—Nada por ahora, almirante. Nos encontramos a siete mil doscientos metros de profundidad y todo está tranquilo a nuestro alrededor. Empezamos a explorar el fondo de la Fosa.

—De acuerdo, Copian —dio una grave cabezada Pilcher—. Quiero recibir de inmediato cualquier anomalía que se produzca a partir de ahora, ¿me ha comprendido?

Copian movió la cabeza afirmativamente.

—Así lo haremos, almirante.

—No olvide que he dicho comunicación inmediata.

Copian frunció el ceño.

Y después de una corta pausa, inquirió:

—¿Alguna novedad en la superficie, almirante?

Pilcher titubeó unos instantes. Fue sólo unas décimas de segundo, pero

la vacilación no pasó desapercibida a Copian. Sin embargo, dijo con rapidez el almirante:

—No se preocupe de lo que pueda ocurrir en la superficie, Copian.

Su tono de voz había sido seco y Copian no dejó de advertirlo. Levantando los hombros, rezongó:

—Sí, señor.

Pero entonces escuchó una voz alterada a través del receptor:

- ¡Tienen derecho a saber lo que ocurre, Henry!

Copian no tuvo dificultad en identificar al profesor Lewis. La colérica respuesta de Pilcher al científico llegó nítida a oídos de la tripulación del *Yokohama:*

—¡Cállate, Hiram!

Hubo un tenso inciso y a continuación percibió Copian la apagada aseveración de Hiram Lewis:

—Van a morir, Henry. Por lo menos…

—¡Silencio, Hiram!

Durante unos segundos reinó un profundo silencio. Dio la impresión de que había sido cortada la comunicación. Pero no fue así. Finalmente apareció de nuevo el rostro de Pilcher en el recuadro del video. No podía ocultar su contrariedad.

—Escuche, Copian…

—Un momento, almirante —lo cortó Copian crispadas las mandíbulas y brillante la mirada—. ¿Qué ha querido decir Lewis con eso de que moriremos?

—No se preocupen por las palabras del profesor, Copian.

Sigan explorando la zona y tenga muy en cuenta mis órdenes.

Con voz serena, pero firme, exigió Copian:

—No pienso hacer tal cosa sin recibir una explicación, señor.

El semblante de Pilcher reflejó profundo asombro.

—¿Cómo dice?

—Lo ha escuchado perfectamente, almirante —siguió con firmeza Will Copian—. Quiero saber lo que está sucediendo en la superficie antes de continuar.

Pilcher palideció de ira mal contenida. Y con inusitada dureza en la entonación, silabeó:

—Está cometiendo un tremendo error, Copian. Su obligación se centra en obedecer las órdenes que recibe sin hacer ningún tipo de pregunta a sus superiores. ¿Es que está buscando verse frente a un Consejo de Guerra?

Copian encogió los hombros.

—Eso es lo que menos me preocupa en estos instantes, señor.

—¿Se da cuenta de que está comprometiendo deliberadamente el resultado de la misión?

Copian suspiró hondo.

—De mí depende la vida de cuatro personas, almirante —respondió en tono pausado—. Si realmente vamos a enfrentarnos con una muerte cierta, deseo saber de qué modo puede ocurrir. Tal vez conociendo la forma, es posible que consiga eludirla.

Hubo un nuevo silencio.

Pilcher se resistía a confesar los hechos acaecidos.

Copian desvió la mirada y posándola en Lorena, agregó:

—No pretendo pasar por héroe, pero la muerte no me asusta demasiado,- almirante. Hay ocasiones en las que incluso puede llegar a ser una completa liberación.

En los negros ojos de Lorena Lewis hubo un destello fugaz. Para ella tenían un significado especial aquellas palabras pronunciadas por Will. Una vez, después de largos besos apasionados en los que ambos desgarraban sus vidas, las había escuchado en labios de Will. Ella, con su obstinación incomprensible, se negó una vez más a entregarse por entero a él. Entonces fue cuando dijo Will que si no era lo suficientemente hombre para conseguir su amor, prefería verse liberado por la muerte.

Fueron unas palabras llenas de amargura, de frustración…

De pronto salió Lorena de su abstracción, porque el almirante estaba diciendo:

—Usted gana, Copian. Voy a informarle de la gravedad del momento actual.

Copian movió la cabeza afirmativamente.

—Dispare, almirante.

—La noticia aquí arriba es que hemos contactado con los extraterrestres.

Copian respingó sorprendido. Tardó unos segundos en salir de su asombro e inquirir:

—¿Quiere decir que han localizado la ciudad submarina de esos seres?

—No, Copian —negó Pilcher—. Ellos se han puesto en contacto con nosotros a través de la emisora. En los ultimátums que nos enviaron hace unos días demostraron un perfecto conocimiento conmigo. En ella nos conminan a pactar por última vez.

Copian quedó unos instante pensativo.

—¿Qué ha decidido usted, almirante?

Pilcher pareció pensar un poco la respuesta. Finalmente, dijo:

—Seguir adelante con el plan previsto, Copian.

—Creo que es lo correcto.

—Un momento, Copian —lo atajó rápido Pilcher—. Untal Lomo, que según parece es algo así como Ministro de Guerra de esos seres, ha detectado al *Yokohama*. Asegura que los destruirá si continúan aproximándose a ellos.

Copian compuso una mueca sarcástica.

—Eso significa que estamos cerca.

—Exacto.

—Y que corremos el peligro de ser desintegrados.

—Entra dentro de lo posible, Copian.

—¿Que probabilidades tenemos á su juicio, señor?

—Escasas.

—La noticia no se puede catalogar de buena, diablos —masculló ceñudo Copian—. Pero usted desea que sigamos adelante, ¿eh, almirante?

—¿Prefiere que deje la decisión en sus manos, Copian?

—Lo que preferiría es estar bañándome en cualquier playa poco concurrida del Pacífico, almirante.

—Pero están ustedes ahí abajo y...

De repente quedó cortada la comunicación con el buque nodriza. De la pantalla del video desapareció la imagen de Pilcher y su voz dejó bruscamente de escucharse.

Lorena miró extrañada a Copian.

Y aún no habían transcurrido tres o cuatro décimas de segundo cuando el sumergible sufrió una fuerte sacudida. Fue como si, aprisionado por una mano gigante, estuviera siendo agitado enérgicamente.

Winzer salió despedido con violencia del puesto que ocupaba.

Su cabeza chocó contra un ángulo del panel que tenía a su izquierda. Se le abrió una gran brecha en el cráneo por la que empezó a manar sangre abundantemente. Su cuerpo rodó de un lado a otro del suelo, llenándolo todo de sangre.

Dentro del *Yokohama* reinó una gran confusión.

Porque seguía siendo sacudido con inusitada violencia.

CAPITULO V

Copian rodeó la cintura de Lorena con el brazo izquierdo y la levantó del asiento que ocupaba apretándola contra él. Al mismo tiempo, se aferró con la mano derecha a una de las tuberías de ventilación y procuró sostenerse firme junto a la pared del compartimiento.

Tenía que emplear todas sus fuerzas.

El submarino parecía una coctelera agitada frenéticamente por un enloquecido *barman.*

El ruso Nevsky hacía titánicos esfuerzos por mantenerseˆ sujeto al panel que tenía delante. Sus pies se levantaban del suelo a intervalos y daba la impresión de que en cualquier instante saldría catapultado contra la otra pared.

Copian levantó la voz para hacerse oír:

—¿Qué diablos está pasando, Nevsky?

— ¡No lo sé, Copian! —respondió el soviético a gritos—. No tuve tiempo de detectar nada raro.

Kamamura, que también luchaba denodadamente por mantenerse frente al cuadro de mandos, informó:

—¡Estamos rodeados de burbujas!

Copian arrugó el ceño y en su rostro se reflejó un profundo asombro.

—¿Ha dicho burbujas, Kamamura?

—¡Positivo, Copian! —gritó el japonés—. Son enormes burbujas que estallan junto al casco.

—¿Podemos salir de aquí?

—Lo estoy intentando.

—Trate de conseguirlo lo antes posible.

Kamamura movió la cabeza afirmativamente.

Copian observó cómo el japonés se afanaba en los mandos del submarino tratando de controlarlo. Pero el *Yokohama* no respondía en absoluto a la maniobra que pretendía hacer Kamamura. Y como éste tenía el inconveniente de tener que luchar al mismo tiempo por mantenerse sentado frente a los mandos, su trabajo se hacía muy difícil.

El cuerpo de Winzer seguía rodando por el suelo de un lado a otro y salpicaba sangre en todas direcciones.

Copian vio que el ruso Nevsky se estaba afianzando y lo llamó:

— ¡Nevsky!

El ruso ladeó la cabeza mirándolo.

—Sí, Copian.

—¿Puede ayudar a Winzer? Acabará desangrado si continúa golpeándose contra los salientes.

Nevsky suspiró hondo.

—Creo que está muerto, Copian.

—Aun así, mire de mantenerlo sujeto en lo posible.

—Entendido.

Oleg Nevsky abrió la mano derecha desprendiéndose de la palanca a la que estaba aferrado. Sujetándose sólo con la mano izquierda empezó lentamente a inclinarse. Había momentos en los que el cuerpo inerte del alemán pasaba cerca de él.

Esperó uno de esos instantes para sujetarlo.

Pero súbitamente pegó una brusca sacudida el submarino y el sangrante cuerpo de Winzer se le vino encima violentamente. Intentó sujetarlo y eso resultó fatal para él.

El cuerpo de Winzer impactó con fuerza contra sus piernas y lo desniveló por completo. Durante décimas de segundo pareció que Nevsky iba a conseguir su propósito de sujetar a Winzer y conservar al

mismo tiempo la seguridad propia.

Sin embargo, su mano izquierda acabó cediendo.

Y Copian vio impotente cómo Nevsky saltaba de forma increíble por el aire. El vuelo terminó al estrellarse el ruso contra la esquina del panel que había en el lado opuesto.

La frente de Nevsky se partió literalmente en dos.

Su muerte debió de ser rápida.

Copian cerró los ojos, consternado. El *Yokohama* estaba convirtiéndose en un ataúd. Acabaría conteniendo cinco cadáveres si seguía sufriendo aquellas terribles sacudidas que cada vez eran más intensas. Eso en el caso de que no estallase en mil pedazos.

De pronto advirtió Copian que Lorena se le escapaba de entre los brazos. La mujer había perdido el equilibrio y el fuerte tirón de su cuerpo estuvo a punto de arrastrarlo. Por fortuna para ambos, Copian logró retenerla a su lado.

Resollaba entrecortadamente cuando imprecó una maldición preguntando a Kamamura:

—¿Qué diablos pasa con largarse de aquí?

El japonés sudaba copiosamente.

Sacudiendo la cabeza con desaliento, respondió:

—No podemos abandonar esta zona, Copian.

—¡Hay que hacerlo!

Kamamura encogió los hombros.

—Los mandos no responden en estas circunstancias. Seguir intentándolo es inútil.

—Está bien —asintió bruscamente Copian—. Detenga en seguida los generadores energéticos.

Shibata Kamamura lo miró incrédulo.

—¿Se ha vuelto loco, Copian?

—;Haga lo que le digo!

—¡Es una locura, Copian! —chilló el japonés—. Si detengo los generadores esto será un infierno.

—¿Y qué es ahora, maldición?

—Pero…

Las pupilas de Copian destellaron de cólera.

— ¡Obedezca, Kamamura!

El japonés lo pensó brevemente y acabó accionando el pulsador que detenía los generadores de energía del *Yokohama.* En su opinión, Copian cometía un grave error.

Cortar la energía podía ser el final para todos.

Porque la resistencia a la presión de las profundidades marinas, era un vínculo indispensable a la energía propia que el *Yokohama* pudiera generar.

* * *

Floyd trató inútilmente de restablecer la comunicación con el submarino que se encontraba en el fondo de la Fosa. Después de varios minutos de ansiedad, levantó la cabeza y puso en el almirante Pilcher una mirada de impotencia.

—Lo he perdido por completo, señor.

Pilcher crispó furioso los puños.

—Siga intentándolo.

Floyd no dijo nada y se limitó a continuar con la tarea de conseguir comunicarse nuevamente con el *Yokohama* sin demasiadas esperanzas. La emisora del submarino había dejado bruscamente de emitir y aquello era muy significativo.

Hanson, el hombre encargado de rastrear los desplazamientos del *Yokohama* en el detector ultrasónico de alta sensibilidad, lanzó una

exclamación de sorpresa en aquel instante:

— ¡Yo también los he perdido, almirante!

Pilcher se plantó junto a él en dos zancadas.

—¿Qué diablos está diciendo, Hanson? —rugió colérico—. El submarino sigue ahí abajo y usted tiene que detectarlo.

—Eche un vistazo, señor.

Pilcher clavó la mirada en la pantalla circular del radar que manejaba con destreza Hanson. No vio en ella el puntito luminoso intermitente que hasta entonces había señalado la posición del *Yokohama.* Aquello lo desconcertó unos instantes. Luego, preguntó a Hanson:

—¿Ha comprobado si los circuitos funcionan con normalidad?

—No he tenido tiempo de hacerlo, almirante.

—Hágalo ahora mismo, Hanson. Ese submarino está ahí abajo y tenemos que localizarlo.

—Sí, señor.

El almirante Pilcher se aproximó a Tom Langley. El fornido individuo reflejaba en su rostro toda la preocupación que sentía. Langley estaba catalogado por el DAS como un buen experto en asuntos submarinos. Y tenía la experiencia de haber acompañado a Copian en múltiples ocasiones. Juntos habían* explorado muchos fondos marinos. Copian lo consideraba su mano derecha y exigía siempre a Pilcher que Langley fuese como segundo de a bordo en todas las misiones que le eran encomendadas. Por una vez, dadas las circunstancias, Copian había accedido a que Langley se quedase en la superficie, muy a pesar suyo.

Pilcher miró inquisitivamente al recio sujeto.

—¿Qué opinas de esto, Langley?

Tom Langley dejó escapar un resoplido.

—No me gusta nada, señor.

—En eso estamos de acuerdo —convino Pilcher moviendo la cabeza lentamente—. Pero lo extraño es que el submarino escape a la sonda del detector ultrasónico.

Langley se pasó la velluda diestra por el mentón, francamente preocupado.

—Sólo pueden haber ocurrido dos cosas y ambas malas, almirante. Una de ellas es que el *Yokohama* haya sido destruido. Quizá se ha valorizado demasiado su estructura.

—Creo que no es ése el problema, Langley. ¿Qué otra cosa puede haber pasado?

Tom Langley pareció meditar la respuesta antes de soltarla.

—Que Copian haya detenido los generadores energéticos.

Pilcher boqueó asombrado.

—¿A siete mil metros de profundidad...?

—Es una forma de escapar a un peligro destructivo inmediato.

—Pero... detener los generadores energéticos a esa profundidad puede ser un suicidio.

—Posiblemente.

—Entonces...

—Copian dice que es un riesgo calculado —explicó Langley a Pilcher con serenidad—. De acuerdo en que detener los generadores a dicha profundidad puede representar que se queden para siempre en el fondo. Pero no sabemos a qué se están enfrentando ahí abajo. Y dado que la sonda del detector sólo puede captarlos si existe la lógica fuente energética, no es descabellado pensar que han dejado de funcionar los generadores.

Hubo un corto silencio después de las palabras de Langley.

Y acabó rompiéndolo el propio Langley, agregando en tono lúgubre:

—O que los han destruido.

Pilcherreaccionó clavando en él una dura mirada.

—Por ahora descartamos esa posibilidad hasta que pueda ser confirmada.

Langley encogió los anchos hombros.

—Como quiera', señor.

—Escuchen todos con atención —dijo de pronto Pilcher levantando la voz—. Esta misión acaba de empezar y no vamos a darnos por vencidos en el primer contratiempo que encontramos. El desaliento en cualquiera de ustedes sería contraproducente y no estoy dispuesto a admitirlo. Deseo que conserven la misma ilusión que teníamos al iniciar la misión. Nada ha sucedido que nos obligue a cambiar.

En la sala de control hubo un silencio general cuando terminó sus palabras Pilcher. Algunos no estaban de acuerdo con lo que opinaba el almirante, pero no lo dijeron.

Pilcher se dirigió a Hanson:

—¿Funcionan los circuitos?

—Respuesta positiva, señor. El detector está en condiciones de recibir señales del *Yokohama.*

—¿Y por qué no las recibe, infiernos?

—Langley ha expuesto dos posibles causas, señor.

—Está bien —cabeceó bruscamente Pilcher—. Pero ninguna será válida hasta que sea confirmada. Siga intentando su localización, Hanson.

—Sí, señor.

Acto seguido, Pilcher se giró a Langley y le apuntó con el índice extendido.

—Comunica urgentemente con la base, Langley. Necesitamos que el *Sukai* esté aquí lo antes posible. Y lo quiero perfectamente equipado para el lanzamiento de rayos X-3030.

Langley asintió y se dirigió a la emisora que utilizaban para comunicar con la base del DAS donde se estaban llevando a cabo las modificaciones precisas para que el submarino japonés pudiese lanzar con éxito los rayos X-3030 potenciados por el físico Hiram Lewis.

Y precisamente en aquellos momentos, el profesor Lewis se encontraba sentado en uno de los rincones de la sala de control. Ajeno por completo a cuanto le rodeaba, murmuraba una extraña oración:

—No supe aprovechar la maravillosa mujer que había en Lorena.

Nunca hice el menor esfuerzo por comprenderla, Dios mío. Ella me desprecia y lo terrible es que no se lo puedo reprochar. Te pido que la salves, Señor. Aunque… sea para otro hombre que sepa hacerla todo lo feliz que merece.

CAPITULO VI

La oscuridad fue total dentro del *Yokohama* tan pronto fueron detenidos los generadores energéticos. Y al mismo tiempo, un gran silencio y una absoluta quietud se adueñó del sumergible. Súbitamente habían cesado las tremendas sacudidas que amenazaban con destrozarlo en cualquier momento.

Copian, Kamamura y Lorena, guardaron silencio durante largos minutos. Como puestos de acuerdo mentalmente, dejaron transcurrir un tiempo prudencial antes de iniciar cualquier acción. Luego, Copian pidió a Lorena que aguardase en aquel lugar procurando mantenerse bien sujeta y empezó a alejarse de ella lentamente. Tanteando cada saliente en la oscuridad, con las manos extendidas y abiertas por delante, fue avanzando despacio hacia el otro compartimiento.

Escuchó que el japonés lo imitaba.

Copian llegó junto al cuerpo inerte de una de las dos víctimas y tras palpar sus facciones y buscar indicio de vida en sus arterias, comprobó que se trataba del alemán Karl Winzer y que estaba muerto. Sus músculos comenzaban a ponerse rígidos al tiempo que la piel se enfriaba con inusitada rapidez.

Chasqueando la lengua, informó:

—Winzer está muerto.

—Y Nevsky también —fue la inmediata respuesta de Kamamura—. No han tenido suerte.

Un tanto brusco, dijo Copian:

—Cuando aceptaron venir sabían el riesgo que corrían.

Hubo un corto silencio y se escuchó un leve suspiro del japonés.

—Bien, Copian, usted es el jefe. ¿Cuál es el siguiente movimiento de la partida?

—Se lo diré cuando lo sepa yo, Kamamura. Por ahora no hay más alternativa que estarse quietos y esperar.

Copian se arrastró nuevamente hacia Lorena. Y cuando llegó a su lado alargó la diestra buscando su mejilla. Pasó la yema de los dedos suavemente por ella y preguntó en tono quedo:

—¿Estás asustada?

Lorena tardó unos segundos en contestar.

—Aunque te parezca increíble, no estoy asustada —musitó con una extraña entonación que impresionó a Copian—. Después de todo, es preferible que lo nuestro acabe así.

—¿Lo nuestro…? —se asombró Copian—. ¿Es que realmente ha habido algo entre nosotros?

En tono dolido, reprochó Lorena:

—No seas mordaz, por favor.

—Lo que soy es realista, pequeña alondra —respondió Copian con falso tono jovial—. Entre tú y yo sólo hubieron unos inocentes besitos para el recuerdo.

—Yo… puse todo mi amor en esos besos, Will.

—Creo que tú nunca has sabido lo que es verdadero amor, Lorena. Por lamentable y triste que sea, tu vida sentimental ha sido un fracaso absoluto. En una ocasión me dijiste que Hiram te fue impuesto o algo así, que lo querías como puede quererse a un hermano, pero que jamás te sentiste completamente mujer en sus brazos.

Después de un breve silencio, agregó Copian:

—No hables de amor porque desconoces el significado de esa palabra, pequeña alondra. Quizá sientas amor en el fondo de tu corazón sin que tú misma lo sepas, pero hasta que esa fuerza arrolladora no te salga a la superficie y estés dispuesta a dejarte dominar por ella sin temor a nada, no sabrás lo que es amor.

En la apagada respuesta de Lorena hubo dolor:

—Tus palabras me hacen daño, Will. Creo… que no la merezco. Sólo yo puedo comprender lo que pasa dentro de mí.

—De acuerdo —concedió brusco Copian—. Soy un imbécil presuntuoso y estoy equivocado. Pido disculpas a la señora por haberme expresado tan torpemente.

—Yo…

En aquel momento los interrumpió Kamamura diciendo excitado:

—Venga a ver esto, Copian!

—¿Qué sucede?

Kamamura comenzó a decir sin poder dominar su excitación:

—Estamos siendo arrastrados por una corriente submarina. AQdetener los generadores y cesar las sacudidas pensé que nos habíamos posado en el fondo.

—¿Y no es así?

—No —negó rotundo el japonés—. El movimiento es apenas perceptible, pero seguimos avanzando.

Copian había llegado junto a Kamamura tanteando en la oscuridad y puso la mirada en la pantalla de proa. Observó que las negras aguas eran rasgadas a intervalos por una especie de ramalazos blancos. Miró extrañado a su compañero y preguntó:

—¿Qué es eso?

Kamamura chasqueó la lengua moviendo la cabeza.

—Siguen lanzándonos esas burbujas explosivas, Copian —dijo con evidente tono preocupado—. Lo que ocurre es que ahora no estallan y no representan un peligro excesivo. Tengo que reconocer que ha sido una buena medida el detener los generadores. De no haberlo hecho es muy probable que ya hubiéramos saltado en mil pedazos.

Copian ladeó la cabeza frunciendo el ceño.

—¿Quiere decir que la energía generada en el *Yokohama* las hacía estallar?

—Yo diría que sí. Si tenemos en cuenta que las explosiones cesaron tan pronto se detuvieron los generadores, no es descabellado pensarlo. En mi opinión, esas burbujas estallan al entrar en contacto con un campo energético.

Copian respingó sorprendido.

—Repita eso, Kamamura.



—¿Qué...?

—No importa —lo corzo Copian hablando con rapidez—. Sería muy provechoso para nosotros saber lo que tienen en su interior esas malditas burbujas.

El japonés encogió los hombros aunque su compañero no podía verlo en la oscuridad.

—Eso es difícil de averiguar.

—Pueden contener un tipo de gas altamente explosivo que nosotros no conocemos —especuló meditativo Copian—. Eso podría explicar muchas cosas.

Kamamura escrutaba las facciones de Copian sin comprender nada.

—No acabo de entenderlo, Copian.

Will Copian no se molestó en aclarar las dudas que pudiera tener Kamamura. Permaneció unos instantes en actitud pensativa y luego, tomando una súbita decisión, dijo:

—Hay que comprobar ese punto, Kamamura.

—¿A qué se refiere?

—Quiero saber si efectivamente las burbujas estallan a causa de ese campo energético que se produce con el funcionamiento de los generadores. Hay que ponerlos en marcha.

Kamamura quedó mudo de asombro largos segundos. Cuando por fin consiguió reaccionar, musitó:

—Es... una locura, Copian.

—Es preciso saberlo —se mantuvo firme Copian—. Es necesario comprobar si esas burbujas son atraídas y activadas por la energía.

—Si ponemos en marcha los generadores destruiremos el *Yokohama.*

—A pesar de eso —insistió Copian—. Bastará con conectar los generadores unos segundos. Si las burbujas empiezan a estallar de nuevo, volveremos a detenerlos inmediatamente.

—Si tenemos tiempo de hacerlo.

—¡No discuta, Kamamura! —se encrespó nervioso Copian—. ¿Ha olvidado quién da las órdenes?

El japonés titubeó.

—¿Por qué desea averiguar eso, Copian?

—Haga lo que le digo —masculló Copian después de respirar profundamente—. Más tarde, le diré los motivos.

—De acuerdo —accedió Kamamura—. Me lo dirá más tarde… si salimos con vida de la prueba.

A continuación se movió en la oscuridad del compartimiento aproximándose a las palancas que ponían en marcha los generadores. Tanteó empuñándolas con firmeza y anunció:

—Cuando quiera, Copian.

El jefe de la expedición se dirigió entonces a Lorena:

—Busca uno de los tubos de ventilación y afórrate a él todo lo fuerte que puedas, Lorena. Avisa cuando creas que puedes mantenerte sujeta a pesar de las violentas sacudidas que vamos a soportar.

Transcurrieron quince o veinte segundos.

Y en el silencio, se escuchó nítida la voz un tanto intranquila de Lorena:

—Ya.

Copian dejó pasar unos segundos más y preguntó:

—¿Preparado, Kamamura?

—Preparado.

—Contaré de cinco a cero en sentido inverso. Al llegar a cero quiero que accione la puesta en marcha de los generadores, ¿entendido?

—Entendido.

—Muy bien —Copian hizo una corta pausa y respirando hondo empezó a contar—: Cinco… cuatro… tres… dos… uno… ¡cero!

Kamamura puso en funcionamiento los generadores.

Y acto seguido, los tres miembros supervivientes del *Yokohama,* tuvieron la impresión de que aquello era el fin para ellos.

CAPITULO VII

El submarino se agitó violentamente amenazando con partirse en dos a causa de las tremendas vibraciones que estaba soportando. Las burbujas que estallaban en torno a él lo movían de un lado a otro con la fuerza y virulencia que las agitadas aguas de un arroyo pueden zarandear a un barquito de papel.

Tratando de imponer el sonido de su voz al estruendo, gritó Copian:

—¡Alto, Kamamura!

Kamamura no necesitaba escuchar la orden. Apenas comenzaron de nuevo las tremendas sacudidas, decidió por su cuenta que debía detener cuanto antes los generadores. Estos ni siquiera habían tenido tiempo de alcanzar la mitad de su potencia.

Súbitamente, al desconectar el japonés las palancas, el submarino dejó de estremecerse. Las explosiones cesaron en torno al casco y de nuevo reinó la quietud. Hubo un largo silencio entre los tres supervivientes y acabó rompiéndolo Kamamura dejando escapar un resoplido.

—Esas malditas burbujas... Ha faltado poco para que nos hicieran pedazos.

De forma fugaz, durante las décimas de segundo en que el interior del submarino se iluminó cuando empezaron afuncionar los generadores, Copian había visto el esfuerzo denodado de Lorena por mantenerse sujeta a los tubos de ventilación. Ahora, cuando las tinieblas volvieron a adueñarse del habitáculo, se interesó:

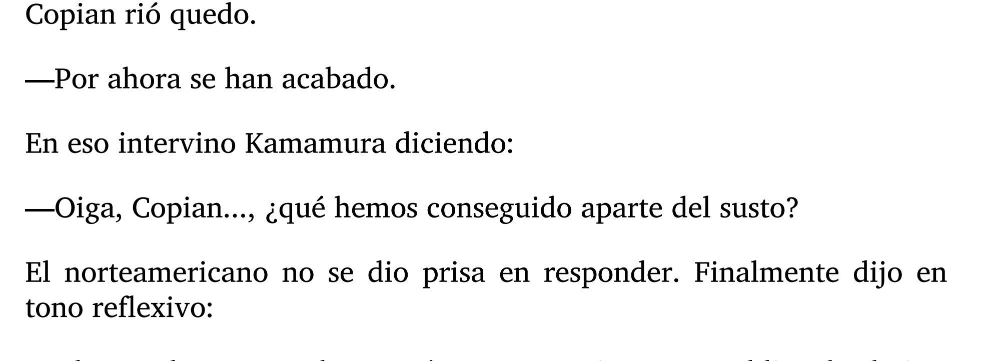
—¿Cómo estás, Lorena?

De las sombras le llegó la voz insegura de la mujer:

—Estoy... bien, Will.

—¿Has sufrido algún golpe?

—No —respondió Lorena con mayor firmeza en la entonación—. Estoy en condiciones de soportar nuevas sacudidas.



Copian rió quedo.

—Por ahora se han acabado.

En eso intervino Kamamura diciendo:

—Oiga, Copian…, ¿qué hemos conseguido aparte del susto?

El norteamericano no se dio prisa en responder. Finalmente dijo en tono reflexivo:

—Ahora sabemos que la energía atrae y activa esas malditas burbujas. Eso puede ser la clave de todo.

—Bueno… —titubeó el japonés—. Nuestra teoría ha sido comprobada y ya conocemos la forma de mantenernos seguros. Pero a condición de permanecer inmóviles a siete mil metros de profundidad. El panorama no me hace ninguna gracia.

En la entonación de Copian hubo sorpresa al responder:

—Me parece que no comprende el alcance de nuestro descubrimiento, Kamamura —hizo una breve pausa y continuó—: Nosotros detectamos las burbujas porque nos encontramos bajo el agua. Pero si las dirigen contra nuestras ciudades por aire, dudo mucho que puedan ser detectadas. Eso explicaría las misteriosas destrucciones que hemos sufrido. Si agregamos que cada ciudad es un núcleo de energía…

Copian dejó las palabras en el aire y Kamamura no tardó en comprender el significado exacto de lo que habían descubierto. Con gran excitación en la voz, empezó a decir:

—¡Eso es extraordinario, Copian! Si se detienen todas las fuentes de energía del planeta…

—Ningún punto de la Tierra correría peligro —terminó sonriendo bajito Copian—. Eso crearía grandes trastornos, pero la seguridad podría estar asegurada. El problema está en comunicar a Pilcher lo que hemos descubierto.

El japonés hizo un gesto ambiguo.

—Hay otro problema, Copian. Ahí arriba nos tomarán por locos si les pedimos que detengan todas las fuentes energéticas de la Tierra. Dirán que estamos chiflados.

—Que digan lo que quieran, pero que lo hagan.

—Cortar el suministro energético creará un caos en las ciudades, Copian.

—¡Lo sé, maldita sea! —masculló Copian—. Pero si estamos en lo cierto es la única forma de comunicarnos con el centro de operaciones y después convencerlos.

Hubo un corto inciso y sugirió Kamamura:

—Podemos utilizar la emisora de emergencia. Este submarino está provisto de una para casos en los que fallan los generadores centrales. Y tiene un alcance excepcional.

—Necesita energía para funcionar, ¿no?

—Pero es mínima. No sería necesario conectar los generadores centrales, ya que la pequeña emisora de emergencia no los precisa. Aunque en todo caso habría que comprobar el efecto que causaría en las burbujas.

Copian quedó unos segundos silencioso.

—Vamos a comprobarlo —decidió en seguida—. Es lógico pensar que si la masa energética es mínima, el poder destructivo de las burbujas tiene que ser muy inferior.

Kamamura estuvo de acuerdo.

—Es una conclusión que puede ser válida.

—Entonces no perdamos tiempo. En cualquier caso, no podemos quedarnos aquí sin hacer nada.

Lorena, que había estado callada hasta entonces, preguntó:

—¿Intento la comunicación?

—Lo haré yo —respondió Copian moviéndose en la oscuridad hacia el panel donde estaba la emisora—. No te muevas de donde estás y procura sujetarte bien. No sabemos lo que puede ocurrir cuando empiece a comunicar.

—De acuerdo.

—Usted haga lo mismo, Kamamura.

—Descuide.

Copian llegó frente a la pequeña emisora y tanteó el panel buscando los pulsadores de emisión y recepción. Cuando los tuvo localizados aspiró profundamente y aguardó unos segundos. Todos sus músculos estaban en tensión. Afianzando los pies en el enrejado recauchutado del suelo, anunció:

—Voy a. conectar.

Inmediatamente pulsó el botón de emisión y aunque nada podía ver, miró a su alrededor. El *Yokohama* empezó a vibrar levemente. Eran pequeñas sacudidas intermitentes y de intensidad apenas perceptible.

Suspiró aliviado en el momento en que Kamamura anunciaba desde su sitio frente a la pantalla de proa:

—Las burbujas han comenzado a estallar nuevamente en torno nuestro, Copian. Pero la potencia de las explosiones ha decrecido considerablemente. Más bien parece que se deshagan al contacto con el casco. Esto es positivo.

—Eso reafirma nuestro descubrimiento, Kamamura —dijo Copian en tono casi alegre—. Ya no hay duda de que la energía atrae y activa a las burbujas explosivas. Sólo falta comunicarlo a los de arriba.

Con mayor decisión que antes pulsó el botón de emisión y comenzó el intento de establecer contacto con el *21 de Julio.* El submarino continuaba acusando las leves vibraciones mientras la voz de Copian solicitaba apremiante:

—Aries Dos llama a Aries Uno.' Aries Dos llama a Aries Uno.

Repitió tres veces la llamada y pulsó el botón de recepción esperando escuchar al operador del centro de control. Pero no se produjo tan pronto la comunicación.

Tampoco lo esperaba.

Pacientemente volvió a intentarlo de nuevo:

—Aries Dos llamando a Aries Uno. Aries Dos pide entrada a Aries Uno. Responda, Aries Uno.

La respuesta siguió sin llegar.

Ya más intranquilo lo volvió a probar:

—Aries Dos llamando a Aries Uno. ¿Qué diablos pasa, Aries Uno?

Pulsó el botón de recepción y no recibió ni el menor indicio del operador de la superficie. Nadie respondía a su llamada. Cada vez más encorajinado fue repitiéndola a intervalos de diez segundos.

Ya comenzaba a pensar que no podría establecer contacto con el buque nodriza, cuando percibió un débil sonido. Tardó más de medio minuto en poder fijar la recepción y entonces pudo escuchar a los del centro de control.

—Aries Uno respondiendo a Aries Dos. Aquí Aries Uno respondiendo a Aries Dos. ¿Qué ha ocurrido, Aries Dos?

Sin perder tiempo, pidió Copian:

—Quiero hablar con el almirante Pilcher.

—Bien —contestaron los de la superficie—. Le pasamos al almirante, Copian.

En seguida escuchó Copian la voz tonante de Pilcher:

—¿Qué infiernos ha ocurrido, Copian?

—Hay novedades importantes, almirante. Lo primero que debemos…

Copian fue bruscamente interrumpido por Kamamura:

—¡Mire esto, Copian! —exclamó atónito el japonés—. ¡Que me maten si eso no es una ciudad submarina!

CAPITULO VIII

—¡Aquí lo tengo, señor!

La exclamación del operador Floyd paralizó unos segundos a todos los reunidos en la sala de control. El almirante Pilcher se plantó a su lado en dos zancadas.

El operador informó:

—Están transmitiendo con la emisora de emergencia, señor.

A pesar de que la recepción no llegaba con nitidez, pudo identificar Pilcher a Copian.

—Aquí Aries Dos solicitando comunicación con Aries Uno. ¿Acaso están durmiendo, maldición?

Floyd contestó de inmediato:

—Aries Uno respondiendo a Aries Dos. Aquí Aries Uno respondiendo a Aries Dos. ¿Qué ha ocurrido, Aries dos?

La voz imperativa de Copian, pidió:

—Quiero hablar con el almirante Pilcher.

Floyd miró al almirante y éste movió afirmativamente la cabeza.

—Bien. Le pasamos al almirante, Copian.

Pilcher cogió de un manotazo el micro que le tendía el operador y ladró impaciente:

—¿Qué infiernos ha ocurrido, Copian?

—Hay novedades importantes, almirante. Lo primero que debemos...

La voz de Copian se cortó súbitamente y Pilcher dirigió una inquisitiva mirada al operador.

—¿Qué sucede, Floyd?

—Parece que hay interferencias, señor. Esas pequeñas emisoras de emergencia…

—¡No me venga con eso, Floyd! —rugió el almirante—. ¡Quiero que establezca contacto en seguida!

Floyd tragó saliva con dificultad y se afanó en restablecer la comunicación. Durante tres o cuatro minutos lo estuvo intentando sin obtener resultado. El rostro empezó a llenársele de sudor y de pronto volvieron a escuchar la voz de Copian:

—Escuche con atención lo que voy a decirle, almirante. Es de vital importancia que siga mis instrucciones si quiere salvar…

Apretando con fuerza inusitada el micro, lo interrumpió iracundo el almirante:

—¿A qué estamos jugando, Copian? Si cree que puede aparecer y desaparecer a su antojo…

—¡No pierda el tiempo hablando, Pilcher!

Entre los presentes hubo un movimiento instintivo de inquietud. Nunca habían hablado al almirante con la fría cólera empleada por Copian para cortarlo. Hasta el propio Pilcher quedó unos instantes sin saber cómo reaccionar.

Cuando por fin iba a hacerlo, ya estaba diciendo Copian en tono más suave:

—Hemos descubierto el arma que han utilizado los invasores para la destrucción de nuestras ciudades, almirante. Antes de entrar en detalles debe ordenar que detengan de inmediato todas las fuentes energéticas que funcionan en el planeta.

Pilcher boqueó atónito.

—¿Se da cuenta de lo que dice, Copian?

—Me doy perfecta cuenta, señor —respondió Copian con firmeza—. Le aseguro que tengo motivos fundados para pedirle que haga eso. Y tengo que agregar que cada minuto de demora es de trascendental importancia para cualquiera de nuestras ciudades.

El almirante aspiró aire profundamente.

—Me temo que deberá ser más explícito, Copian —movió la cabeza

despacio—. Usted parece no comprender la magnitud de lo que me pide. Detener todas las fuentes energéticas de la Tierra es imposible. El pánico que provocaríamos…

—¡Escúcheme bien, Pilcher! —volvió a cortarlo Copian con voz vibrante—. Tienen que detener cuanto antes todo lo que produzca energía o serán destruidos como Portland y las otras ciudades. Si esos seres están interfiriendo esta conversación es posible que ya estén ordenando algo irreversible para el mundo. Sólo Dios sabe cuántas ciudades pueden ser destruidas antes de que pongamos remedio. Hay que detener absolutamente todas las centrales energéticas de inmediato.

El tono de voz de Copian era patético.

Pilcher no podía salir de su asombro.

—Hace falta una razón de peso…

—Le daré una razón poderosa, almirante —apremió Copian—. Pero será después. Cuando haya detenido la producción de energía sobre la superficie terrestre vuelva a comunicar con nosotros en esta frecuencia para que lo ponga al corriente de cuanto hemos averiguado. Por la salvación de la humanidad, espero que lleguemos a tiempo. Fin y corto.

La diestra del almirante se crispó sobre el micro.

—¡Espere, Copian…!

Pero Copian había cortado ya la comunicación. Pilcher insistió en su llamada infructuosamente. Después de unos instantes de tenso silencio, sugirió el operador Floyd:

—Puedo tratar de establecer la comunicación de nuevo, señor.

Pilcher sacudió la cabeza de un lado a otro en sentido negativo. Durante largos segundos permaneció silencioso, pensativo. Su mente estaba funcionando a marcha forzada.

A su lado, inquirió Tom Langley:

—¿Qué piensa hacer, señor?

Pilcher ladeó la cabeza y lo miró fijamente.

—Hay que seguir las indicaciones de Copian —dijo tomando una

súbita decisión—. Sólo espero que de verdad tenga una buena razón. Si sus conclusiones son precipitadas nos creará problemas insolubles.

Tom Langley chasqueó la lengua.

—No lo creo, señor. Si existe alguien verdaderamente capacitado para discernir la importancia de un descubrimiento de esa índole, es Copian.

Pilcher asintió lentamente.

—Lo sé, Langley.

—Entonces no dude, señor.

El almirante suspiró hondo y moviendo de manera expresiva las manos, dijo:

—Espero que esta vez no se haya equivocado. Comunícame con el presidente de los Estados Unidos, Langley. Y puedes decir que la llamada tiene prioridad absoluta.

Langley dio una cabezada aprobativa.

—Sí, señor.

* * *

Paul Longman, el coordinador de la operación, se acercó a Pilcher y le entregó un mensaje acabado de recibir. El almirante lo leyó rápidamente y el papel tembló en sus manos. Con las facciones contraídas en mueca angustiada, musitó:

— ¡Dios mío...!

Todos los reunidos en la sala de control se hallaban pendientes del almirante. A juzgar por la palidez de su rostro, la noticia tenía que ser terrible, ya que Pilcher no era hombre fácilmente impresionable y sus subordinados lo sabían.

Después de unos segundos de tenso silencio se le aproximó Langley y preguntó quedo:

—¿Qué sucede, señor?

Pilcher tardó unos instantes en responder.

—Esto es una pesadilla, Langley —dijo finalmente—. Boston ha sido totalmente destruida.

Langley crispó los maxilares.

—Santo Dios… —bisbiseó impresionado—. Parece que estemos viviendo un sueño alucinante.

—Hay que detener de inmediato todos los generadores energéticos antes de que sea demasiado tarde —habló rápido Pilcher saliendo del estado depresivo en que había caído momentáneamente—. Empiezo a creer en lo que ha dicho Copian.

—El presidente ha prometido ocuparse personalmente del asunto.

—Lo sé, Langley. Comprendo también que hacen falta varias horas para detener todas las centrales de energía y aun así es posible que alguna siga funcionando. Seguro que el presidente está encontrando gran oposición entre los restantes dirigentes del mundo. Espero que por lo menos consiga detener las centrales próximas a las grandes ciudades.

Langley movió la cabeza.

—Acabarán por seguir las indicaciones del presidente —aseguró con énfasis—. Tendrían que ser unos irresponsables para no obedecer viendo que son destruidas sus ciudades.

—El problema está en el tiempo.

—Lo comprendo, señor.

—Cada minuto que pasa representa una enorme amenaza.

Longman acudió de nuevo junto al almirante con otromensaje en la mano. Por la intensa palidez de su rostro era fácil adivinar que se trataba de malas noticias. Miró brevemente a su jefe y tendiendo el mensaje, musitó:

—Lo siento, señor.

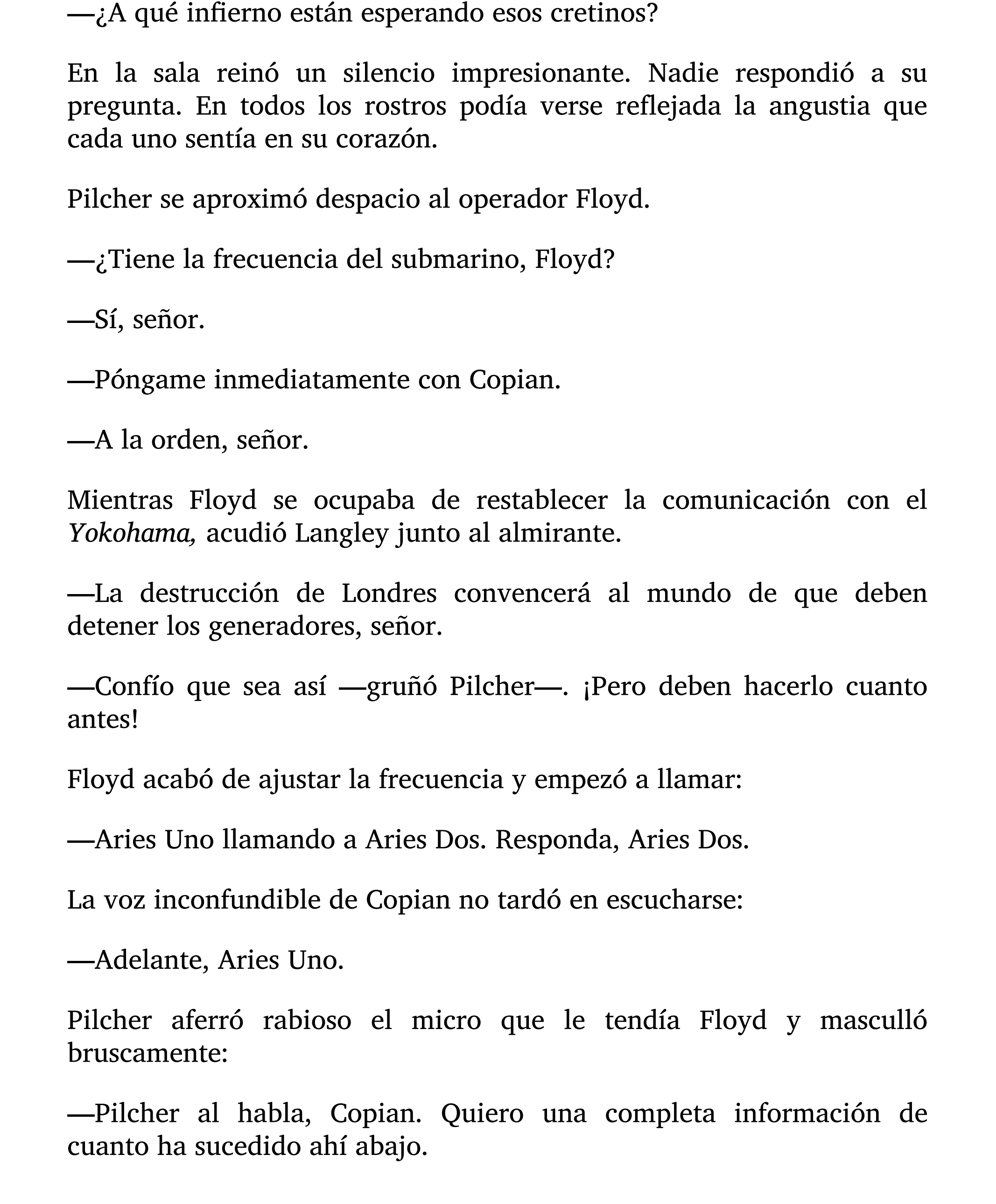
Pilcher no cogió el papel.

Tras un prolongado silencio, preguntó con voz tensa:

—¿De qué ciudad se trata, Longman?

—Londres, señor.

En los ojos del almirante hubo un fugaz destello de rabia. Lívido el semblante, masculló iracundo:



—¿A qué infierno están esperando esos cretinos?

En la sala reinó un silencio impresionante. Nadie respondió a su pregunta. En todos los rostros podía verse reflejada la angustia que cada uno sentía en su corazón.

Pilcher se aproximó despacio al operador Floyd.

—¿Tiene la frecuencia del submarino, Floyd?

—Sí, señor.

—Póngame inmediatamente con Copian.

—A la orden, señor.

Mientras Floyd se ocupaba de restablecer la comunicación con el *Yokohama,* acudió Langley junto al almirante.

—La destrucción de Londres convencerá al mundo de que deben detener los generadores, señor.

—Confío que sea así —gruñó Pilcher—. ¡Pero deben hacerlo cuanto antes!

Floyd acabó de ajustar la frecuencia y empezó a llamar:

—Aries Uno llamando a Aries Dos. Responda, Aries Dos.

La voz inconfundible de Copian no tardó en escucharse:

—Adelante, Aries Uno.

Pilcher aferró rabioso el micro que le tendía Floyd y masculló bruscamente:

—Pilcher al habla, Copian. Quiero una completa información de cuanto ha sucedido ahí abajo.

CAPITULO IX

Detalladamente, pero sin emplear ni una sola palabra más de las necesarias, fue relatando Copian lo acaecido en el fondo de la Fosa de Nares desde el momento en que empezaron a moverse por ella. Pilcher tan sólo lo interrumpió dos veces para que le aclarase unos puntos que no entendía.

Copian terminó diciendo:

—El *Yokohama* ha seguido moviéndose lentamente hasta quedar encajado en una oquedad. Ahora estamos inmovilizados y frente a nosotros hay unas cúpulas luminosas. Todo parece indicar que son habitáculos de los extraterrestres.

—Eso significa que están en grave peligro, ¿no?

—Creo que el peligro es relativo, señor.

—Explíquese, Copian.

—En mi opinión no corremos ningún peligro mientras mantengamos apagados los generadores. No podemos mover de aquí el *Yokohama* y ellos necesitan una fuente energética para hacer estallar sus malditas burbujas.

—La situación es por lo tanto estacionaria.

—Eso espero.

—Siempre que esos seres no dispongan de otra arma.

—Ya la habrían utilizado.

—Es un razonamiento lógico —concedió Pilcher—. De todas formas manténganse alerta.

Por el receptor se escuchó una suave risita.

—Lo procuraremos, señor. Pero es un fastidio estar aquí abajo inmovilizados.

—Nos hacemos cargo, Copian.

—¿Qué hay de detener las centrales energéticas, señor?

—Lo estamos haciendo —respondió Pilcher después de un leve titubeo que casi pasó desapercibido—. El propio presidente de los Estados Unidos se encarga del asunto.

—Es preciso que desaparezca toda la energía de la superficie terrestre, señor.

—Descuide, Copian —replicó Pilcher moviendo la cabeza en lenta cabezada afirmativa—. Ahora estoy convencido de que sus conclusiones respecto al arma que utilizan los extraterrestres son acertadas. Todo concuerda. Realmente han hecho ustedes un buen trabajo. Lamento la pérdida de Winzer y Nevsky.

—Nosotros también lo lamentamos, señor.

Hubo una breve pausa y en seguida, dijo Pilcher:

—Copian, usted ha dicho que tienen delante lo que parece una ciudad submarina.

—En efecto, señor.

—Bien, con toda seguridad se encuentran frente al alojamiento acondicionado por esos seres en las profundidades marinas. Necesitamos información detallada de lo que están viendo. Cualquier dato técnico puede sernos de gran ayuda cuando ataquemos.

Se hizo un nuevo silencio, pero pronto lo rompió Copian:

—¿Ha decidido atacar, señor?

—¿Qué otra alternativa tenemos, Copian? Comprendo lo que está pasando-por su mente y crea que lo siento. Pero no podemos actuar de manera distinta.

—Me hago cargo, almirante.

—De acuerdo, Copian. ¿Puede empezar a informar?

—Señor...

—Diga, Copian.

—En mi opinión, Lorena Lewis está más capacitada que yo para facilitarles información técnica. Ella, como experta oceanógrafa, puede especificar con más exactitud lo que estamos viendo.

Hubo un leve titubeo en Pilcher y en seguida autorizó:

—De acuerdo, Copian. Que informe la doctora Lewis.

—Eso no es todo, señor.

En tono impaciente, pidió Pilcher:

—Acabe, Copian.

—Debería concedernos unos minutos para estudiar lo que estamos viendo, almirante. Emitir un juicio precipitado puede inducirnos a error.

Pilcher lo pensó brevemente.

—Conforme —accedió en seguida—. Les concedo tres minutos. Mantenga abierta la comunicación.

—De acuerdo, señor.

—¿Hay nuevas noticias, Longman?

—Sí, almirante. Hemos recibido un mensaje desde el propio despacho oval de la Casa Blanca. Nos dicen que han comenzado a detenerse todas las centrales energéticas del mundo.

Pilcher dio una cabezada afirmativa.

—¿Cuánto tardarán en dejar de funcionar todas?

—Eso es difícil de precisar, señor —respondió Longman—. Por mucho que se precipiten...

—Comprendo, Longman —lo atajó Pilcher haciendo un ademán—. ¿Alguna nueva destrucción?

Longman tardó unos instantes en responder.

—Por desgracia así es, señor.

—¿A qué ciudad !e ha tocado esta vez?

—Calcuta y México, almirante.

—¡Dios mío...! —después de una pausa debida al estupor que difícilmente podía dominar, agregó Pilcher—: Calcuta está a miles de kilómetros del Atlántico Norte. Parece que quieren dar un golpe de efecto al atacar a tanta distancia.

Longman sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Opino igual que usted, señor.

Pilcher estuvo unos segundos en silencio y luego dio un furioso puñetazo al aire.

—¡Tienen que detener cuanto antes esas centrales!

—Lo están haciendo, señor. Pero todo es inútil. Por mucha prisa que se den es tarea de varias horas.

—En varias horas puede ser destruido medio mundo, Longman.

—Así es, señor —dijo Longman en tono lúgubre—. Pero no podemos hacer nada para evitarlo.

—¡Malditos sean...!

En aquel momento llamó excitado el operador Floyd:

—¡Almirante...!

Pilcher se giró bruscamente y observó que varios hombres estaban pendientes del video de recepción de imágenes. La pantalla había perdido su normal tonalidad azulada y el color rojo iba subiendo de intensidad. Finalmente, como había ocurrido la vez anterior, un círculo de intenso color violeta quedó centrado en la pantalla.

El silencio en la sala era total.

Y del receptor surgió la voz metálica conocida por todos los hombres que se hallaban presentes:

—Por circunstancias especiales he tenido que adelantar el contacto, almirante. ¿Están dispuestos a rendirse sin condiciones?

CAPITULO X

—Estoy esperando su contestación, almirante.

Pilcher parecía hipnotizado, con los ojos clavados en el círculo violeta. Estaba temblando de agitación. La rabia sorda que sentía lo sacudía haciendo que todo su cuerpo se estremeciera cuando al fin pudo hablar, su voz brotó preñada de rencor:

—Son ustedes unos miserables, Lomo.

Una tenue risita metálica inundó la sala.

—¿Por qué, almirante? La eliminación de algunos millones de terrestres es beneficiosa para todos.

—Lo van a pagar caro, Lomo —aseguró Pilcher, rabioso—. Le juro que no tendremos misericordia cuando estemos destruyéndolos. Han ido demasiado lejos.

—No haga un drama de lo que no lo es, almirante. Ustedes llevan siglos exterminándose entre sí sin ninguna justificación. ¿Cuántas veces han desencadenado una guerra por ambición, almirante?

Pilcher crispó los maxilares.

—Ustedes no tienen derecho a destruir nuestras ciudades.

—Vamos, almirante —habló despectivo el extraterrestre—. Cambiar la situación es imposible. Lo que ahora interesa es saber si están decididos a aceptar nuestras condiciones.

Pilcher estuvo a punto de soltar un exabrupto y enviarlo al infierno. Pero pensó rápidamente en el daño que todavía podían causarles los extraterrestres y se contuvo respirando hondo.

Haciendo un esfuerzo por contenerse, adujo:

—Aún no se ha llegado a un acuerdo positivo.

—En ese caso lo siento por ustedes, almirante. No podemos seguir esperando que se pongan de acuerdo.

—Ustedes no han esperado nada —replicó airadamente Pilcher—. Están atacando nuestras ciudades y reduciéndolas a escombros sin aguardar la respuesta.

—Porque sabemos lo que hacen ustedes y no nos gusta, almirante. Tienen muy cerca de nosotros un submarino y nos desagrada su presencia.

—Ese submarino no puede salir de ahí, Lomo.

—Lo sabemos.

—Está averiado.

—Miente usted, almirante —acusó el extraterrestre con rapidez—. Si desea que lleguemos a un acuerdo es mejor que no vuelva a mentir. Sabemos hasta dónde han llegado y lo que se proponen. Y para su conocimiento, le diré que continuaremos destruyendo ciudades si no deciden en seguida lo que les conviene hacer.

Pilcher se pasó la lengua por los labios.

Era preciso ganar tiempo.

—Escuche, Lomo… Voy a pedirle dos. horas de plazo. Después le daremos una respuesta concreta.

Nuevamente se escuchó aquella suave risita.

—Sé cuál sería la respuesta, Pilcher, no nos crea tan ingenuos. Por la salvación de todas las personas que habitan la superficie del planeta, es mejor que tenga ahora la contestación. Y no puede ser otra, más que la paralización inmediata de las plantas para la extracción de alimentos vegetales marinos.

Mientras hablaba el extraterrestre, Longman se aproximó a su jefe en silencio y le tendió un trozo de papel escrito.

Pilcher puso la mirada en él y leyó rápido el mensaje recién recibido:

«Han sido detenidas todas las centrales energéticas en los puntos siguientes; Japón y zona de influencia, Australia, Nueva Zelanda, Canadá, Estados Unidos, México, Brasil, Venezuela, Rusia y parte de su zona de influencia, Unión Alemana, Islas Británicas, Francia, Bélgica, Holanda, Italia, España, países de la zona nórdica y grandes sectores del Norte de África. Seguimos a ritmo acelerado la detención

de las centrales en funcionamiento todavía. Esperamos lograr la paralización total en quince minutos aproximadamente. Firmado: Francis C. Ruxton.

Bien, todo había ido más rápido de lo que esperaban.

En los ojos de Pilcher hubo un destello cuando devolvió el mensaje a Longman. Nunca en su vida había sentido tanta simpatía por una persona, como ahora sentía por el vicepresidente.

Una gran agitación lo dominaba.

Las arrugas que surcaban su frente empezaron a desaparecer. Gran parte del mundo estaba a salvo y eso era de vital importancia en la estrategia a seguir con los extraterrestres. Cierto que aún quedaban extensas zonas del planeta, habitadas por millones de seres, que pagarían a muy alto precio una equivocación. Pero era un alivio saber que lo avanzado de la civilización estaba fuera de peligro.

A pesar de eso, Pilcher era consciente de que había que emplear toda clase de precauciones al tratar con Lomo. Un pequeño desliz podía dificultar la salvación de zonas tan pobladas como China o India. Millones de seres humanos serían condenados a desaparecer.

La voz con cierta inflexión impaciente de Lomo, lo sacó de sus elucubraciones bruscamente:

—Quiero una respuesta inmediata, almirante.

Pilcher sacudió la cabeza con la mirada puesta en el círculo de color violeta.

—Yo no puedo tomar una decisión de esa naturaleza, Lomo. Necesito el consentimiento de mis superiores para ordenar la paralización de todas las plantas extractoras del mundo. Ni siquiera el presidente de los Estados Unidos puede ordenarlo. Concédame media hora más y trataré de lograrlo.

—Negativo, almirante, no le concedo ni un minuto más.

—Tiene que ser razonable…

—¡Basta, almirante! —se escuchó un tanto nerviosa la voz del extraterrestre—. Voy a ordenar la destrucción inmediata de todas las ciudades importantes del planeta.

—¡Espere, Lomo!

—Es inútil, almirante.

Longman iba indicando a Pilcher el tiempo que transcurría señalándoselo con los dedos extendidos.

Faltaban ocho minutos para los quince anunciados en el mensaje recibido de Ruxton.

Pilcher forzó una leve sonrisa.

—Debe tener un poco de paciencia, Lomo —pidió calmoso—. ¿Qué importan treinta minutos más? Deme una razón que le impida concedernos esa media hora.

Lomo no respondió.

Longman indicó a su jefe que faltaban seis minutos.

Un profundo silencio se apoderó de la sala de control. El círculo de color violeta seguía en la pantalla, pero el extra- terrestre no hablaba. Una honda inquietud atenazó a las personas que asistían con los nervios en tensión a lo que ocurría.

Algunos, incluso contuvieron la respiración pendientes de la respuesta que no llegaba.

Pilcher dejó pasar unos veinte segundos y llamó:

—Responda a mi petición, Lomo.

El silencio continuó.

Con el ceño fruncido miró Pilcher a su alrededor y pudo ver las miradas ansiosas de Langley, Longman, Floyd... Todos los miembros de la sala permanecían inmóviles.

Pasaron otros veinte segundos y preguntó levantando la voz:

—¿Me está escuchando, Lomo?

Tampoco esta vez contestó el extraterrestre.

Tuvieron que pasar diez o doce segundos más para que la voz metálica de Lomo volviera a escucharse. Y esta vez sonó con entonación extrañamente resignada:

—Usted ha ganado la primera batalla, Pilcher. Acaban de pasarme un mensaje en el que se me expone el estado de la situación. Aunque nosotrosno creemos en la suerte, es innegable que ustedes la han tenido y ésa es la única razón por la cual están en ventaja. Sería pueril continuar amenazándolos cuando ustedes ya saben que nada podemos hacer para destruir sus ciudades.

Pilcher dio una grave cabezada afirmativa.

—En efecto, Lomo.

—¿Cómo lo han descubierto?

—¿A qué se refiere?

—Me gustaría saber cómo averiguaron que estábamos aprovechando para nuestros fines la energía que ustedes mismos generaban.

Pilcher encogió los hombros.

—Quizá hemos tenido suerte como usted dice.

—Otra cosa, almirante.

—Diga.

—¿Cree de verdad que ya estamos vencidos?

—No, Lomo. Me consta que aún no están vencidos. Pero si seguimos teniendo suerte acabaremos con ustedes para siempre. Le aseguro que pondremos todo el empaño en conseguirlo.

Hubo un corto silencio y dijo el extraterrestre:

—Aunque las circunstancias nos han convertido en enemigos tengo que felicitarlo, Pilcher.

—¿Por qué?

—Usted ha demostrado un tesón admirable manteniéndose firme a pesar de que nosotros destruíamos sus ciudades.

De los labios del almirante se escapó un suspiro.

—Consideraba que era mi deber.

Se hizo una nueva pausa y la rompió Lomo diciendo:

—Quisiera decirle algo más antes de cortar, Pilcher.

—Le escucho, Lomo.

—Todavía ignoro si vamos a ser destruidos —empezó a decir con serena entonación el extraterrestre—. Pero pase lo que pase, ambos perderemos, A pesar de que le cueste creerlo después de lo ocurrido, nosotros no deseábamos destruirlos. Nos hubiera gustado más colaborar con ustedes en muchos aspectos, enseñarles cosas maravillosas que quizá nunca lleguen a conocer y evitar tantos errores que han cometido. Pero no lo han permitido los altos mandatarios de la Tierra. Ellos han conseguido contrarrestar cualquier acercamiento cada vez que lo hemos intentado. Y se han valido de todos los medios para hacer que la opinión pública tuviera una falsa imagen de nosotros. Ha sido una lástima. De todas maneras..., siempre estaremos agradecidos a este extraño planeta que nos ha servido de alojamiento tanto tiempo. A pesar de todo y pase lo que pase enel futuro.

La comunicación se cortó bruscamente.

Las últimas palabras de aquel insólito ser flotaron largo rato en el silencioso ambiente de la sala de control. Después, poco a poco, todos los miembros del equipo empezaron a comprender que aquello significaba el fin de la amenaza que había gravitado sobre la humanidad.

Algunos empezaron a reír nerviosamente y otros se atrevieron a decir en voz alta que todo estaba resuelto.

Pero Pilcher cortó de raíz todas las ilusiones.

Levantando el brazo derecho, dijo secamente:

—Se equivocan si creen que ya hemos vencido, señores. Esos seres siguen en el fondo del Atlántico y no tenemos forma de llegar hasta ellos y destruirlos.

CAPITULO XI

Lo primero que hizo Pilcher fue solicitar información del buque que transportaba al *Sukai,* el pequeño submarino japonés gemelo del *Yokohama.* Le dijeron que se encontraba navegando a una hora de ellos y ordenó que forzaran la marcha al máximo.

Sabía el peligro que corría el buque transportador, pero tenían que correr el riesgo. Aunque él pensaba que los extraterrestres no lo atacarían.

No obstante, ordenó que se detuvieran todos los reactores nucleares del *21 de Julio,* así como las turbinas y los circuitos electrónicos que podían poner en peligro la integridad del buque. Como simple medida de seguridad, sólo funcionaba un pequeño motor auxiliar que servía para iluminar en tenue color rojo la sala de control.

La emisora de emergencia también funcionaba.

Y por ella estaba informando la doctora Lorena Lewis desde el sumergido *Yokohama:*

—Estamos en condiciones de facilitar datos técnicos, almirante.

—De acuerdo, Lorena —respondió Pilcher—. Puede empezar a describir lo que tienen delante. Le formularé algunas preguntas y deseo disponer de la más exacta información que pueda darme.

—Entiendo, almirante.

Pilcher inició una serie de preguntas.

La voz de Lorena empezó a escucharse por el receptor respondiendo de forma concisa a cuantas preguntas formulaba Pilcher. Dijo que aquellos habitáculos eran cúpulas de unos doscientos metros de diámetro y que a juzgar por lo que podían ver estaban construidos en material traslúcido. Existía una separación de cien a ciento cincuenta metros entre las luminosas cúpulas y parecían comunicadas entre sí por tuberías de diez a trece metros de circunferencia y que con toda seguridad serían corredores interiores. Debido a la escasa visibilidad, era imposible contar los habitáculos que componían la ciudad y

tampoco podía decir la extensión que ocupaban, aunque aseguraba que no era inferior a los cincuenta mil metros cuadrados. En la parte superior de algunas cúpulas sobresalía una especie de tubo que bien podía ser un cañón lanzador de burbujas.

Durante más de diez minutos siguió informando Lorena.

A nuevas preguntas de Pilcher, dijo que no habían podido divisar nada que se pareciese a un vehículo en torno a ellos. Y que los extraterrestres no se habían puesto en contacto con ellos en ningún instante. También dijo que la última vez que comprobaron la presión, ésta no se apartaba de la normalidad y correspondía a la profundidad en que se estaban moviendo. Era imposible calcular la resistencia a la presión marina del material de las cúpulas.

La doctora Lewis aún continuó facilitando datos unos minutos.

Luego, Pilcher pidió que se pusiera Copian.

Mientras se escuchaba la voz de Lorena informando, el profesor Hiram Lewis se levantó del asiento que ocupaba desde hacía unas horas, apartado de los mecanismos de control. Sus ojos estaban muy abiertos y tenía el rostro contraído por una expresión de odio.

En sus facciones se plasmaba un salvaje rencor.

Ya no era el científico equilibrado e inteligente que tanto había colaborado con Pilcher.

En su mente había la seguridad de que Lorena jamás volvería a ser suya. Desde hacía mucho tiempo conocía el amor de su esposa por Copian y si lo soportó fue por cobardía, por temor a un escándalo que perjudicara su carrera.

Lorena le había dicho en varias ocasiones que no lo amaba y que para ella era un suplicio tener que seguir fingiendo ante las amistades que formaban un matrimonio perfecto, cuando nada tenían en común. Sólo los unía la hipocresía.

Las veces que tocaban el tema, ella insistía en que lo mejor era que se separasen.

Pero él siempre suplicaba que no lo dejase. Llegó a decirle que nada de lo que hiciese ella le importaría, a condición de que guardase ante sus amistades las apariencias. Aquello mortificaba a Lorena y él no dejaba de advertirlo.

Sin embargo no renunciaba a su compañía.

Así llevaban viviendo muchos años.

Pero ahora sabía que todo sería distinto si ella salía con vida. Quería a Copian y eso iba a resultar decisivo. Lo dejaría a él para vivir junto al hombre que de verdad amaba.

Y eso no iba a consentirlo.

Ya ni siquiera se acordaba que poco antes había pedido a Dios que la salvara aunque fuese para otro hombre.

Su mente estaba desquiciada por los acontecimientos acaecidos en las últimas horas y un pensamiento se apoderó de su cerebro llegando a obsesionarlo; el mejor final para dos personas que se aman apasionadamente es morir juntos.

Y él sabía la forma de hacer que Lorena y Copian muriesen unidos.

Estaba decidido a hacerlos felices.

Cuando se dirigía a la parte posterior de unos paneles escuchó vagamente que su esposa dejaba de hablar con Pilcher y ahora lo estaba haciendo Copian. Al parecer, el principal problema que tenían era encontrar la forma de atacar aquellas cúpulas ubicadas en el fondo de la Fosa marina.

Bien; él les daría la solución.

Teniendo en cuenta que el *Yokohama* se encontraba muy próximo a las cúpulas de la ciudad submarina, bastaba con hacerlo estallar. Y eso se conseguiría poniendo en marcha sus generadores por control remoto. Era una posibilidad de emergencia que se tuvo en cuenta cuando se trazaron los planes de la operación, para el caso de que el sumergible sufriera una avería y no pudiese hacerlo por sus propios medios.

Hiram Lewis sabía cómo poner en marcha los generadores desde la sala de control del *21 de Julio*.

El resto sería fácil.

Podía imaginarlo.

En cuanto se pusieran en funcionamiento los generadores del *Yokohama* éste estallaría produciendo una explosión en cadena que destruiría la ciudad submarina de los extra- terrestres.

Una muerte gloriosa para Lorena y Copian.

Nadie en la sala de mandos lo vio aproximarse a los pulsadores especiales de control remoto. La tenue iluminación roja confería a su rostro crispado una expresión antinatural.

Llegó frente a los pulsadores y durante unos segundos los contempló fijamente.

Luego alargó la mano sin titubear y fue pulsándolos uno a uno.

De su garganta se escapó una sonora carcajada.

* * *

—Aquí Copian, almirante.

—¿Qué posibilidades tienen de salir de ahí, Copian? —preguntó el almirante sin andarse con rodeos.

Copian dudó unos instantes.

—Me parece que no tendríamos ninguna posibilidad de salir ilesos si ponemos en funcionamiento los generadores.

—¿Se dan cuenta de lo que eso significa?

—Completamente, señor. Unas veces se gana y otras se pierde.

—Estamos hablando de sus vidas, Copian.

—Eso me parecía, señor —replicó Copian, irónico—. ¿Se le ocurre una forma de sacarnos?

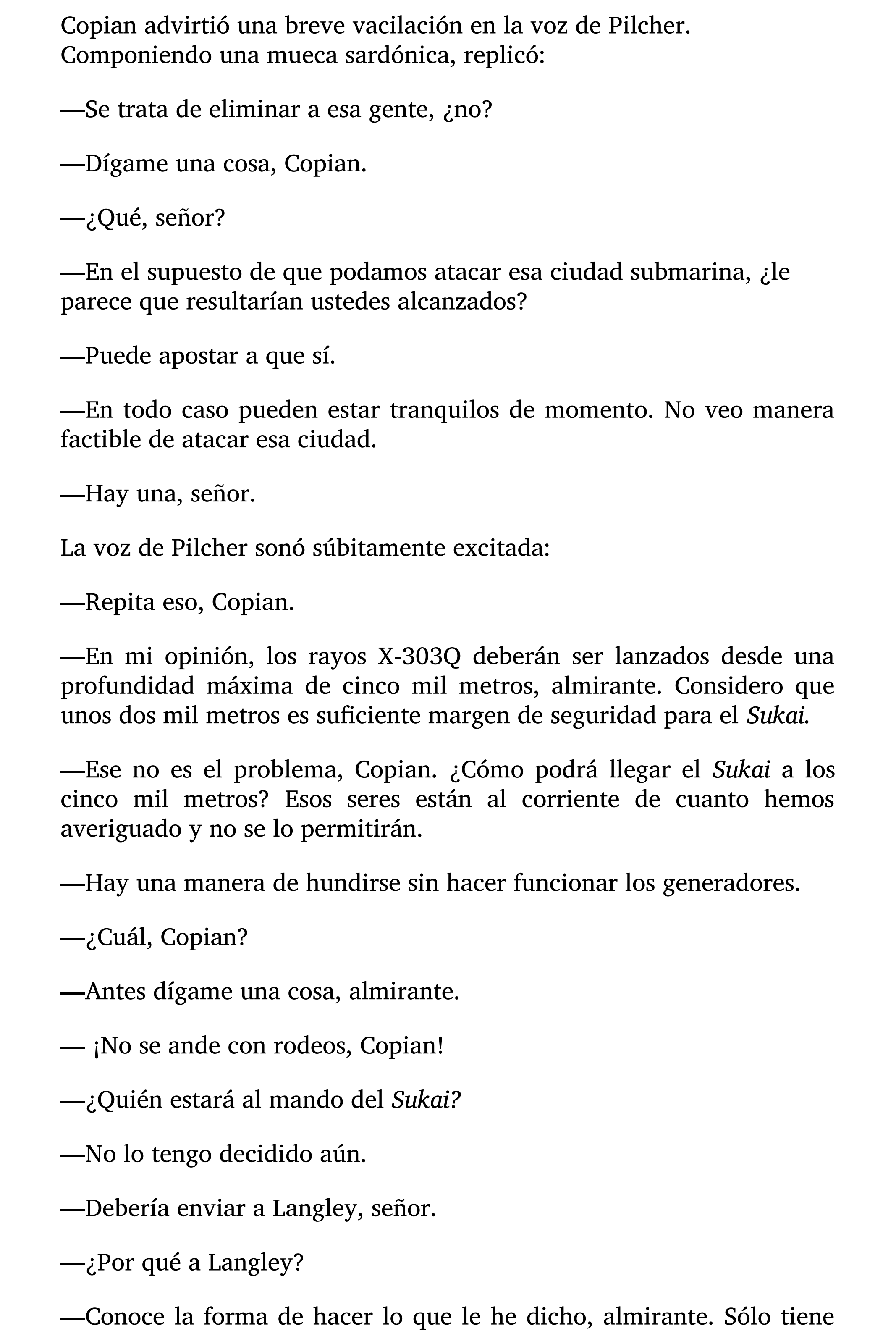
—Me temo que no.

—Entonces haga lo que deba hacer, señor.

—Copian…

—Diga, señor.

—Lo siento de veras.



Copian advirtió una breve vacilación en la voz de Pilcher. Componiendo una mueca sardónica, replicó:

—Se trata de eliminar a esa gente, ¿no?

—Dígame una cosa, Copian.

—¿Qué, señor?

—En el supuesto de que podamos atacar esa ciudad submarina, ¿le parece que resultarían ustedes alcanzados?

—Puede apostar a que sí.

—En todo caso pueden estar tranquilos de momento. No veo manera factible de atacar esa ciudad.

—Hay una, señor.

La voz de Pilcher sonó súbitamente excitada:

—Repita eso, Copian.

—En mi opinión, los rayos X-303Q deberán ser lanzados desde una profundidad máxima de cinco mil metros, almirante. Considero que unos dos mil metros es suficiente margen de seguridad para el *Sukai.*

—Ese no es el problema, Copian. ¿Cómo podrá llegar el *Sukai* a los cinco mil metros? Esos seres están al corriente de cuanto hemos averiguado y no se lo permitirán.

—Hay una manera de hundirse sin hacer funcionar los generadores.

—¿Cuál, Copian?

—Antes dígame una cosa, almirante.

— ¡No se ande con rodeos, Copian!

—¿Quién estará al mando del *Sukai?*

—No lo tengo decidido aún.

—Debería enviar a Langley, señor.

—¿Por qué a Langley?

—Conoce la forma de hacer lo que le he dicho, almirante. Sólo tiene

que recordarle lo que hicimos cuando estábamos explorando la corriente Lorelai y comprenderá en seguida.

Pilcher dejó escapar un resoplido.

—Quiero que me lo explique usted, Copian.

—Esta comunicación puede estar intervenida por…

Copian no pudo seguir hablando.

De pronto tuvo la impresión de que las puertas del infierno se abrían ante él. Una cegadora luz blanca hirió sus pupilas privándolo de visión y su cabeza estalló en mil pedazos. La última sensación que tuvo fue la de que sus tímpanos reventaban a causa de un horrible fragor.

CAPITULO XII

La voz excitada de Kamamura llegaba a él como en un sueño:

—Ha sido un espectáculo impresionante, Copian. Todas aquellas malditas cúpulas estallando y desintegrándose como si fueran globos pinchados por alfileres... Después de cada explosión brotaba una llamarada y no quedaba ni rastro de la cúpula. Tuvimos mucha suerte de quedar empotrados en la oquedad rocosa. El casco del *Yokohama* aguantó la fuerza del agua gracias a eso. Desde luego, las sacudidas eran tremendas y muchas veces creí que el submarino no lo soportaría...

Copian no sabía ni dónde estaba.

Kamamura seguía hablando.

—Usted recibió un fuerte golpe en la cabeza y perdió el conocimiento, Copian. No parece que sea nada importante. Tan pronto nos encontremos en la superficie será atendido. El *Sukai* nos está haciendo subir porque fue imposible poner en funcionamiento los generadores. Todavía no comprendo lo que ocurrió, pero lo cierto es que la ciudad submarina quedó desintegrada y nosotros estamos fuera de peligro.

Copian empezó a darse cuenta que su cuerpo yacía sobre un suelo enrejado. Alguien prodigaba cuidados a una brecha que debía tener en la cabeza. Unas manos suaves...

La voz monocorde del japonés seguía escuchándose:

—Se está recuperando, ¿eh, Copian? Ya le he dicho que no es nada de cuidado. Dentro de unos minutos estaremos en la superficie y el doctor podrá echarle un vistazo. Espero que entonces nos digan lo que ha sucedido, porque no puedo entenderlo. En tan sólo unos minutos desapareció desintegrada la ciudad submarina. No quedó ni el menor vestigio de las cúpulas luminosas.

Kamamura hizo una pausa por fin.

Copian movió los labios con dificultad y pronunció un nombre:

—Lorena...

Las suaves manos que acariciaban su frente se detuvieron unos instantes.

Luego se escuchó el susurro de una cálida voz femenina:

—Estoy a tu lado, cariño.

* * *

Mientras el doctor vendaba su cabeza después de esterilizar la herida y asegurar que no tenía ninguna importancia, Copian escuchaba atentamente las explicaciones de Pilcher: —Hemos tenido mucha suerte, Copian. Sin duda, Hiram Lewis sabía lo tuyo con su esposa y debido a la tensión del momento perdió la cabeza. Los nervios lo traicionaron y quiso destruir la ciudad submarina manejando los mandos de control remoto para poner en marcha los generadores del *Yokohama.* Su intención era provocar una reacción de explosiones en cadena empezando por el submarino. Pero su cerebro estaba perturbado en aquellos momentos y equivocó los cálculos. Las ondas del control remoto fueron directamente al centro de la ciudad submarina y eso hizo que algo estallara en ella. Teniendo en cuenta que esas ondas son portadoras de energía, creo que la conclusión a la que hemos llegado puede ser correcta. De todas formas..., no tengo otra explicación.

Después de las palabras de Pilcher se abrió un pesado silencio.

El doctor acabó de vendar la cabeza de Copian.

Y fue éste quien rompió el silencio preguntando:

—¿Qué le pasará a Lewis?

—Está enfermo, Copian. Tendrá que ser internado en una clínica cuando lleguemos a los Estados Unidos.

—¿Se recuperará?

—El doctor Astor opina que sí.

Hubo un nuevo silencio y volvió a preguntar Copian:

— ¿Sabe Lorena todo esto, señor?

—Desde luego.

—¿Cuál fue su reacción?

—Quedó muy impresionada —Pilcher sacó un papel doblado del bolsillo y lo tendió a Copian—. Me encargó que le entregara esto.

Copian desdobló el papel y le echó un rápido vistazo. Su rostro palideció intensamente y se puso en pie de un salto. Dejando a Pilcher perplejo salió a la cubierta del buque y pidió una lancha al primer tripulante del *21 de Julio* que encontró en su camino.

Dos minutos después se alejaba del barco sobre la superficie del encrespado océano.

Lorena dejó de nadar y su cuerpo empezó a hundirse en las frías aguas negras. Buscar la muerte es muy sencillo cuando no se desea vivir. Hasta puede ser un consuelo.

Morir abrazada por las aguas que tanto había amado...

Dejando una blanca estela de espuma tras de sí, una lancha giró a su alrededor manejaba con destreza. El motor dejó de rugir y un hombre se lanzó al agua.

Lorena sintió que unos brazos poderosos la sacaban a flote.

A pesar de su agotamiento, intentó debatirse.

—Por favor...

— ¡Nadie tiene derecho a quitarse la vida, Lorena! —gritó Copian llevándola hacia la lancha—. Tú no eres culpable de nada, ¿me entiendes? La vida te ha tratado muy mal y bastante has hecho soportándola. Ahora tienes derecho a ser feliz y juro que voy a conseguirlo.

—Déjame, Will...

—Ni hablar, pequeña alondra. Tu único pecado es no amar a Hiram. De eso no se puede culpar a nadie. No eres responsable de sus actos en absoluto, porque no es posible amar a la fuerza.

Mientras hablaba, Copian consiguió llevarla junto a la lancha y alargando la diestra se sujetó al borde de ella.

De la garganta de Lorena se escapó un sollozo.

—Pero él…

—Perdió la cabeza, amor mío.

—Intentó matarnos.

—Lo ingresarán en una clínica y se pondrá bien. Tienes que ser sincera contigo misma, Lorena. Mientras no confieses que estás enamorada de mí y que quieres vivir siempre a mi lado, seguirás sintiéndote culpable.

Ella apoyó la cabeza en el hombro masculino y lloró mansamente.

Así estuvo largo rato.

Después le echó los brazos al cuello y empezó a besarlo desesperadamente.

Allí, bajo el agua, se entregó por primera vez a él.

Y ni la frialdad del agua pudo apagar el fuego de amor que los estremeció profundamente.

FIN